ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

ZARAGÜETA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRION

Y

VITAL AZA

QUINTA EDICIÓN

MADRID
SEDACEROS, NÚM. 4 SEGUNDO
1895

ZARAGÜETA

ZARAGÜETA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO LARA el 14 de Febrero de 1894

QUINTA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1895

AL SEÑOR

Don Alfonso Retortillo

en prueba de verdadera amistad

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA DOLORES..................	SRA.	VALVERDE.
MARUJA..........................		PINO.
DOÑA BLASA	SRTA.	ARNAU.
GREGORIA...................... ..	SRA.	MAVILLARD.
DON INDALECIO	SR.	ROSSELL.
CARLOS..........................		R. DE ARANA.
DON SATURIO....................		LARRA.
ZARAGÜETA.........		SANTIAGO.
PÍO		RAMÍREZ
PERICO		SOTO.
AMBROSIO.......................		MANCHÓN.

La acción en un pueblo de la provincia de Salamanca

Epoca actual

ACTO PRIMERO

Sala baja en una casa de pueblo. Muebles decentes y apropiados. Puerta grande al foro derecha del actor, por la que se ve la huerta. En el centro del foro ventana. En el foro izquierda puerta de la cocina. Primer término derecha, puerta del despacho y habitaciones de don Indalecio. En el segundo término derecha, la puerta tosca de la leñera con montante practicable. En primer término izquierda, salida al corralillo. En el segundo término de este lado la escalera del piso principal, de la que debe verse el arranque con tres ó cuatro escalones. En el proscenio derecha, la entrada de la bodega con su trampa practicable. Entre las puertas de la escalera y del corralillo una alacena. Colgados en el rincón de la izquierda, escopeta, zurrón y canana.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA y luego DOÑA DOLORES; después PERICO. Más tarde MARUJA. Al levantarse el telón estará la escena sola. Se oye la campana que toca á la novena. Luego sale Gregoria de la cocina y se dirige á la bodega abriendo la trampa.

GREG. ¡Perico!... ¡Perico! (En cuclillas y asomada á la trampa.)

PER. (Abajo y algo lejos.) ¿Qué hay?

GREG. Que cuando acabes de barrer la bodega, me subas una botella de vinagre.

PER. (Abajo.) ¿De cualo?

GREG. Del barril que está debajo del tragaluz.

PER. (Abajo.) ¡Bueno! (Gregoria se retira de la trampa y se dirige á la cocina; doña Dolores que sale por la primera derecha, trayendo sábanas, almohadas y colcha de punto.)

DOL. Ven acá. Aquí tienes el juego de cama completo. (Coloca la ropa sobre la mesa. La examina cuidadosamente.) ¡Jesús! ¡Y qué amarillas están las guarniciones! ¡Claro! ¡Como la ropa fina no se usa más que cuando viene algún huésped...

GREG. Ya se puede asegurar que ese señorito no habrá tenido nunca en Madrid una cama como la que preparamos (1).

DOL. ¡Qué ha de tener el pobre en una casa de huéspedes!

GREG. Cuatro colchones nuevecitos que están lo mismo que la espuma. ¡Bien á gusto va á dormir esta noche!

DOL. ¡Quiéralo Dios! Pero no será así. Viene el infeliz tan enfermo...

GREG. ¿Es de veras que viene tan malito?

DOL. Muy malo, hija, muy malo. Por fortuna al lado de sus tíos se restablecerá pronto. ¡Me ha dado Dios unas manos para cuidar enfermos! ¡Yo gozo con estas cosas! Es decir, tanto como gozar no, pero en fin ..

GREG. ¡Ya lo creo! Como que sabe usted más *medecina* que don Saturio.

DOL. No, mujer, no tanto; pero la verdad es que no hay en todo el pueblo quien me gane á hacer un cocimiento en su punto; á poner unos sinapismos en su sitio y á dar unas friegas en seco. (Perico sale de la bodega con una botella, deja caer de golpe la puerta de la trampa. Doña Dolores que está de espaldas, da un salto.) ¡Ay! (2).

PER. No se asuste usté. ¡Soy yo!

DOL. (¡Qué bárbaro!)

PER. Aquí tienes el vinagre. (A Gregoria.)

GREG. Déjalo en la cocina.

PER. Está bien. (Medio mutis.)

GREG. ¡Ah!

PER. ¿Qué?

GREG. Que á ver si me llevas una buena carga de leña. Ya no tengo más que unos sarmientos.

(1) Derecha del actor.—Doña Dolores, Gregoria.

(2) Perico, doña Dolores, Gregoria.

PER. Bueno, mujer. Ahora lo sacaré de la leñera. (Va á la cocina y deja la botella del vinagre y vuelve en seguida con una espuerta grande, con la cual á hombros poco después sale de la leñera, entrando en la cocina. Después pasa por la escena y vase á la huerta)

DOL (A Maruja que baja cantando y se dirige al arcón que habrá en el foro.) ¡Pero, hija, por Dios! Parece mentira que tengas ganas de cantar en estos momentos.

MAR. ¡Ay! ¡Es verdad! ¡No me acordaba! Perdóneme usted, tía. (Muy cariñosa.)

DOL. Es una felicidad tener un carácter tan alegre como el tuyo. Toma las almohadas (A Gregoria.) y lleva todo eso á la sala de arriba. (Vase Gregoria por la segunda izquierda, bajando al poco rato á la cocina.)

MAR. (Que mide el trigo que saca del arcón con una taza y lo echa en una cesta pequeña.) ¡Una... dos... tres... y cuatro... (Cierra el arcón.)

DOL. ¿Qué es eso? ¿Vas á dar de comer á tus gallinas?

MAR. Sí, señora.

DOL. Y llevarás, como siempre, una fanega de trigo.

MAR. ¡Una fanega! Pero, tía, si nunca llevo más que cuatro tazas.

DOL. Justo, cuatro ahora y otras cuatro al medio día y otras cuatro por la mañana. Debían estar reventando de gordos esos animalitos.

MAR. Y lo están. Hay, sobre todo, una gallina calzada y otra moñuda, que son lo mismo que dos pavas. ¡Da gusto verlas!

DOL. Esas harán buen caldo.

MAR. ¿Qué? ¿Quiere usted matarlas?

DOL. Naturalmente. Ahora que tu primo necesitará un caldo nutritivo y sustancioso...

MAR. Tiene usted razón; por el pobre Carlos soy capaz de sacrificar la moñuda y hasta la calzada. Voy á darles de comer, que ya me estarán esperando.

DOL. ¡Dichosa tú que no piensas más que en las gallinas!

MAR. ¿Y qué le voy á hacer? Como en el pueblo

escasean los pollos, tengo que contentarme con los del corral.

DOL. Anda, anda, bachillera.

MAR. ¡Hasta luego! (Entra en la cocina desde donde se supone que sale al corral por la derecha.)

ESCENA II

DOÑA DOLORES, luego DON INDALECIO, que sale por la primera derecha con nn periódico en la mano.

DOL. ¡Qué chiquilla más alegre! Mentira parece que se haya educado con las monjas. Siempre está como unas castañuelas. (Se oye cacarear á las gallinas en el corral.) Ea, ya se alborotó el gallinero. (Mirando por la ventana.) ¡Cómo pican, cómo revolotean y cómo se atracan de trigo!—Oye, Maruja, aquella que se acerca al bebedero es la que se debe matar.—Pega un puntapié á ese pato, que no deja comer á los pollitos. (Óyese lejano el último toque de la campana de la iglesia. Sale Perico de la cocina y se va por la puerta del foro derecha.)

IND. (Saliendo.) Pero, ¿qué es eso? ¿No vais á la novena? Este es el último toque.

DOL. Esta tarde no vamos. Quiero ir contigo á la estación á recibir á nuestro sobrino.

IND. Bueno, como gustes. Ambrosio el tartanero vendrá á tiempo para llevarnos. Ya le envié recado por Perico.

DOL. Pero, hombre, ¿es posible que no te atrevas á andar á pie ni un cuarto de legua, cuando es lo que te conviene? Ya sabes lo que te aconseja siempre don Saturio. Ejercicio y mucho ejercicio. Y tú, nada; quieto y siempre quieto.

IND. Bueno, mujer, haré ejercicio. Iremos á pie.

DOL. Que vaya Ambrosio á la estación para traernos luego, porque Carlitos no vendrá en disposición de hacer una caminata tan larga. Tú y yo nos iremos tranquilamente por el atajo, y nos sirve de paseo.

IND. ¿Por el atajo? Ya estoy sudando sólo de

pensarlo. Pero, en fin, hágase tu voluntad; por el atajo iremos.

DOL. Verás que bien te sienta.

IND. Corriente; pero mira. Llévate unos bollitos ó unas mantecadas para comérnoslas al paso en la fuente del Obispo.

DOL. ¿Qué? ¿No quieres tomar chocolate esta tarde?

IND. Sí, mujer, sí: eso no quita. Es para luego. El chocolate lo tomaremos ahora. Dí que vayan haciéndolo. (Se sienta en el sillón.)

DOL. Hay tiempo sobrado. El tren llega, hace muchos días, con más de una hora de retraso.

IND. Hoy llegará puntual, porque acabo de leer en *La Crónica* que está ya compuesto el puente de Valdeterrones.

DOL. En ese caso, prevendré á la muchacha. (Desde la puerta de la cocina.) ¡Gregoria! Haz el chocolate y tráelo.

GREG. (Dentro.) ¡Al momento!

IND. Oye, Dolores; ¿se acabó ya el roscón aquél que nos mandaron las Capuchinas de Salamanca?

DOL. ¡Si te le comiste en dos días!

IND. Es verdad. ¡Qué lástima! Hay roscones que no debían acabarse nunca.

DOL. Dios te conserve ese apetito.

IND. Amén. El día que esta máquina deje de funcionar como hasta ahora, ¡adiós Indalecio!

ESCENA III

DICHOS y PERICO por el foro, derecha, con una bomba con manga de riego de jardín.—Véanse las notas

PER. ¡Señor!

IND. ¿Qué hay? (1)

PER. Aquí está ya la bomba. El herrero la ha dejado como nueva.

---

(1) Perico, don Indalecio y doña Dolores.

IND. ¿La has probado ya?

PER. Sí, señor; ahora mismo en la fragua, y llegaba el chorro hasta en cá el veterinario. Tiene una fuerza...

DOL. ¿Cuánto ha llevado?

PER. Dice que ya vendrá á cobrarla.

DOL. Bueno, bueno; pues anda y riega, ante todo, el cuadro de lás escarolas, que buena falta le hace.

PER. En seguida. (Vase á la huerta.)

DOL. ¡Dichosa bomba! Nos va costando un dineral.

PER. (Desde el foro.) Sí, señor; pase usted.

IND. ¿Quién es?

PER. El médico. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS y DON SATURIO por el foro, derecha

DOL. ¡Hola, don Saturio!

SAT. Felices tardes.

IND. Muy buenas.

SAT. Acaban de decirme en casa, que me han llamado ustedes. ¿Ocurre novedad?

DOL. Sí, señor. (1)

SAT. Alguna indigestión de usted, de seguro. (A don Indalecio.) Come usted demasiado, se lo estoy diciendo siempre.

IND. Como lo que necesito, y lo digiero admiralemente.

DOL. No; no es éste el enfermo.

SAT. ¿Acaso Marujita?

DOL. Tampoco. Es mi sobrino.

SAT. ¿Qué sobrino?

DOL. Carlitos, el que tenemos estudiando en Madrid.

SAT. ¿Pues cuándo ha llegado, que yo no lo sabía?

DOL. No; si no ha llegado. Vendrá esta tarde en el tren correo; pero antes de que llegue hemos querido hablar con usted.

---

(1) Don Indalecio, don Saturio y doña Dolores.

SAT. Pues hablemos.

DOL. Tomará usted chocolate con nosotros, ¿eh?

SAT. Sí, señora, con mucho gusto. Precisamente hoy no podré tomarlo en mi casa, porque necesito ir esta misma tarde á Villarejo.

IND. Pues siéntese usted, don Saturio. (Vase doña Dolores á la cocina y sale inmediatamente.)

SAT. Sepamos lo que pasa á ese chico. (Se sientan á la mesa.)

IND. Verá usted. Ayer recibimos esta carta suya, que nos ha sorprendido.

DOL. Estamos muy disgustados. (Sentándose.)

IND. Mucho. (1)

SAT. Veamos.

IND. (Leyendo.) «Madrid, 5 Septiembre. Mis queridísimos é inolvidables tíos.»

DOL. (Conmoviéndose.) ¡Es de lo más cariñoso!...

IND. «Inolvidables tíos: Mi silencio, que tanto ha extrañado á ustedes, no ha obedecido, como suponen, á falta de cariño, ni á olvido, ni á ingratitud.»

DOL. Nos quiere muchísimo.

IND. «Por no alarmar á ustedes, nada les había dicho del mal estado de mi salud.»

DOL. ¡Pobrecito!

IND. «Pero, en vista de que la enfermedad ha tomado un carácter grave, me creo en el deber de decírselo con toda franqueza.»

SAT. ¡Demonio!

DOL. ¡Debe de estar gravísimo!

SAT. Siga usted, don Indalecio.

IND. «He consultado con los médicos más notables de Madrid, y todos están conformes en que padezco del estómago, del hígado, del bazo y de los riñones.»

SAT. ¡Caracoles!

IND. Por lo visto está todo él echado á perder.

SAT. No hay que apurarse, no hay que apurarse todavía. Siga usted. (Sale Gregoria de la cocina con una bandeja con tres pocillos de chocolate y tres platillos con bizcochos, los cuales pone encima de la mesa delante de cada personaje. Vase y vuelve á salir

(1) Don Indalecio, don Saturio y doña Dolores.

con otra bandeja con tres copas con agua, haciendo la misma operación.)

IND. «Los sacrificios que han hecho ustedes para que siga mi carrera; los inmensos favores que les debo; la protección verdaderamente paternal con que me tratan, me han hecho dudar antes de proporcionarles este disgusto.» Sigue, Dolores, que se me va á enfriar el chocolate.

DOL. Trae, hombre. (Lee.) ¿Dónde llegabas?

IND. Al disgusto. (En este momento saca Gregoria las copas con el agua.)

DOL. Sí, aquí está el disgusto: «Pero las circunstancias me obligan y debo hablarles con toda claridad. Según la opinión de cuantos doctores me han visto, es imposible mi curación en Madrid.»

SAT. ¡Claro! Que se venga al pueblo. Lo que hace falta á esos muchachos es el aire libre, la atmósfera pura del campo...

DOL. No, señor; no es eso. Verá usted: «Todos ellos consideran imprescindible que marche sin pérdida de tiempo á París, donde únicamente podrán hacerme la operación que necesito.»

SAT. ¡Operación! No comprendo.

DOL. Pues así, así lo dice.

SAT. ¿Y qué más?

DOL. Añade que espera de nosotros este nuevo sacrificio pecunario y que viene para emprender desde aquí su marcha.

SAT. Por los datos que da no es fácil formular un diagnóstico. Le veremos y entonces... ¿Quién sabe? ¡Acaso no necesite ir á Francia! Ese afán de creer que en el extranjero lo curan todo, es cosa que me saca de mis casillas. No parece sino que los medicos españoles somos unos ignorantes... Pues no, señor; aquí, sin ir más lejos, me tienen ustedes á mí, un humilde médico de pueblo y que, sin embargo, hace uso de todos los adelantos de la ciencia. Yo no soy rutinario. ¿Hay un sistema nuevo? Lo estudio. ¿Conviene? Pues lo aplico. Así, tan amante

del progreso como el que más, empleo en mis clientes la hidroterapia, la electroterapia y la aeroterapia.

IND. Todas las terapias.

SAT. La hidroterapia, sobre todo, y principalmente las duchas en sus múltiples aplicaciones, me ha dado siempre excelentes resultados. (Cuando don Indalecio acaba de comerse sus bizcochos, mientras doña Dolores lee la carta, cambia su platillo por el de ella y continúa comiendo.)

DOL. ¡Calle! Esa chica no me ha puesto bizcochos.

SAT. Hay aquí; tome usted.

DOL. Gracias, no tengo apetito. Lo sorberé.

SAT. Yo, con permiso de ustedes, voy á despachar pronto mis visitas, para marchar á Villarejo antes de que anochezca. De todos modos pasaré por aquí para ver á su sobrino de ustedes aunque sólo sea un momento. (Levantándose.)

IND. Hombre, va usted á hacerme un favor. En Villarejo verá usted probablemente al tío Celedonio.

SAT. De seguro. (1)

IND. Que me mande por usted las cuatro mil pesetas de la venta del trigo.

SAT. Haré el encargo con mucho gusto.

IND. Usted dispense, pero...

SAT. ¡Quite usted, hombre! Pues no faltaba más.

MAR. (Saliendo de la cocina con la cestita de antes, que guarda en el arcón.) Buenas tardes, don Saturio.

SAT. Hola, Marujita. ¡Cómo ha mejorado esta muchacha! (Sale Gregoria de la cocina con una bandeja grande, recoge el servicio del chocolate y se lo lleva.)

MAR. Sí, no estoy mal, gracias á Dios.

SAT. ¡Qué has de estar mal, si estás hecha un pimpollo! Vaya, abur.

DOL. Que no deje usted de venir.

SAT. Vendré, vendré.

---

(1) Don Saturio, don Indalecio y doña Dolores.

IND. Hasta luego.
DOL. Que usted lo pase bien.
MAR. Adiós, don Saturio. (Vase don Saturio por el foro derecha.)

ESCENA V

DICHOS, menos DON SATURIO

DOL. Ea, Indalecio, vamos á la estación que va siendo la hora. (A Maruja.) Sácame la mantilla. (Vase Maruja á la primera derecha y sale con la mantilla para doña Dolores.) Yendo contigo hay que tomarlo con tiempo.
IND. Vamos, mujer, vamos cuando quieras. ¡Ah! No te olvides de las mantecadas.
DOL. ¿Pero es posible?
IND. Sí, es posible que dentro de un rato sienta debilidad. ¡Esta fuerza digestiva que Dios me ha dado! De seguro antes de llegar á la fuente del Obispo tengo ya el chocolate en los talones. (Se va á la primera derecha por el sombrero. Maruja, que habrá sacado la mantilla, ayuda á su tía á ponérsela. Doña Dolores va al armario, lo abre, coge las mantecadas y las envuelve en el periódico que habrá dejado don Indalecio sobre el sillón.)
DOL. (A Maruja.) Anda, vé á la sala de arriba, haz la cama y pon en orden todo aquello. Carlitos vendrá cansado del viaje; y necesitará acostarse en cuanto llegue. (Sale don Indalecio por la primera derecha poniéndose el sombrero.)
MAR. Pues hasta luego.
IND. Adiós, Marujita. (Vase Maruja por la segunda izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos MARUJA; luego DOÑA BLASA y PIO, por el foro derecha

DOL. Vamos, hombre, vamos, que no arrancas nunca. (Le da las mantecadas.)
IND. Andando.
BLASA (Dentro.) Pues no sabíamos una palabra.

IND. ¿Quién es?

DOL. Doña Blasa y su hijo. — Adelante, doña Blasa.

BLASA Buenas tardes. Por nosotros no se detengan ustedes, que no queremos molestar. Nos chocó no verlas en la novena y por eso veníamos á ver si ocurría alguna novedad; pero ya acaba de decirnos el criado lo del pobre Carlitos, y que iban ustedes á esperarle. (1)

DOL. Sí, allá íbamos. (Don Indalecio empieza á comerse las mantecadas.)

BLASA Pues vayan ustedes, vayan ustedes. Eso de la enfermedad no será nada. Ya recordarán ustedes el susto que éste nos dió hace dos años, cuando estaba en el seminario. Bien creímos que se moría. Pues en cuanto llegó aquí y lo cogí yo por mi cuenta, con un cocimiento de genciana, un jarabe de caracoles y unos reparos de vino blanco en la boca del estómago, lo puse como nuevo. Ahí lo tienen ustedes, tan sano y tan gordo.

DOL. Ya, ya... Pues con su permiso, doña Blasa.

BLASA Sí, sí; vayan ustedes, que con nosotros no hay que gastar cumplidos. Maruja nos hará la visita. ¿Por dónde anda?

DOL. Arriba está; llámala Indalecio.

IND. (Que tiene la boca llena.) ¡Hum! (Traga.) Creí que me ahogaba.

BLASA Deje usted. Estará ocupada. Aquí la esperaremos.

DOL. Pues hasta otro rato. Muchas memorias al señor cura.

BLASA Mil gracias. Vayan ustedes con Dios.

IND. (Con este retraso, ya no vamos á tener tiempo de merendar en la Fuente del Obispo.) (Vanse por el foro derecha.)

(1) Pío, doña Blasa, doña Dolores y don Indalecio.

ESCENA VII

DOÑA BLASA y PIO

BLASA ¡Pero qué soso eres, hijo mío! Te aseguro que me quemas la sangre. No hay quien te saque ni una palabra del cuerpo. (Va á hablar Pío.) Ya sé lo que vas á decir: que no puedes remediarlo, que es así tu carácter. Pues que no sea así. Con ese genio no se va á ninguna parte. Yo no sé qué os dan en el seminario que parece que os asustan. (Pío va á hablar.) No digas que no. Y para vivir en el mundo no se puede ser tan apocado. Y tú necesitas vivir en el mundo. Ya podías estar bien convencido de que la carrera eclesiástica no te conviene. Debiera bastarte el ejemplo de tu tío, mi pobre hermano. Tú lo ves: si no fuera porque yo soy una mujer muy económica, y porque él es un hombre de muy pocas necesidades, no sé cómo nos habíamos de arreglar. Un curato no da para nada, y no creo que tú pretendas salir del seminario y sentar plaza de canónigo. (Va á hablar Pío.) Nada, nada; que esa vocación es una tontería. Hay que pensar en el porvenir. Tu tío, que es hoy nuestro único apoyo, tiene mucha edad; puede morirse el día menos pensado. Figúrate que se muere: ya se murió. ¿Qué hacemos entonces? Esto es lo que quiero que pienses: á los veintidós años se debe pensar en otras cosas. Tú necesitas crearte un porvenir, casándote con una muchacha de buena posición. ¿Y quién mejor que Maruja? Es una joven bonita, bien educada y virtuosa, y su tío don Indalecio es el hacendado más rico del pueblo. No tiene más herederos que esta chica y su sobrino. Y ya has oído que éste viene de Madrid muy enfermo. Lo más probable es que se muera. Figúrate que se muere: ya se murió. No queda más heredera que Maruja. Te casas con ella, vivís aquí,

al lado de vuestros tíos, felices y contentos. Don Indalecio ya lo ves como está: hecho una bola. Con la vida que hace y con lo que come va á reventar el mejor día. Figúrate que revienta: ya reventó. Pues ya tienes á tu mujer en posesión de toda esta fortuna, y aquí paz y después gloria. Desengáñate, Pío; en esta casa tienes la verdadera canongía.

ESCENA VIII

DICHOS y MARUJA, por la segunda izquierda

MAR. ¡Ah! ¡Estaban ustedes aquí! No sabía nada. (1)

BLASA ¡Hola, Marujita! Nos dijeron tus tíos que andabas por arriba ocupada, y no hemos querido llamarte.

MAR. Sí, señora; he estado arreglando la habitación para mi pobre primo.

BLASA ¡Siempre tan buena y tan hacendosa! Eres una alhaja.

MAR. Favor que usted me hace.

BLASA No, hija, no; justicia. Eso precisamente le estaba diciendo á Pío cuando llegaste. Maruja hará la felicidad de cualquier hombre. Dichoso tú si encuentras una mujer de sus condiciones.

MAR. ¡Doña Blasa, por Dios! Me parece que para ama de cura soy demasiado joven.

BLASA ¿Cómo ama? Si no se trata de eso. Por lo visto tú ignoras que éste ha colgado ya los hábitos.

MAR. ¡Es posible!

BLASA Como lo oyes. Ahí lo tienes, resuelto á no volver al seminario.

MAR. ¿Qué me cuenta usted?

BLASA Ya no quiere ser cura. Me ha dado ese disgusto; (Pío se abanica con el sombrero.) pero yo soy enemiga de torcer sus inclinaciones.

MAR. ¡Vaya con Pío!

(1) Pío, doña Blasa y Maruja.

BLASA Y á mí no me la pega. Lo que demuestra este cambio tan completo, es que este chico está enamorado. (Se abanica Pío.)

MAR. ¿Y de quién?

BLASA Lo ignoro. Ya sabes lo reservado que es; no hay modo de sacarle una palabra del cuerpo. (A ver si tú con maña consigues averiguarlo.) Vaya, Marujita; yo me voy, que ya es tarde.

PÍO ¡Sí; vámonos, vámonos!

BLASA ¡No, hombre, no! Tú quédate para esperar á Carlitos. Al fin y al cabo sois amigos de la infancia. (No seas pazguato. Esta es la mejor ocasión. Aprovéchala.) Adiós, hija.

MAR. Vaya usted con Dios, doña Blasa.

BLASA Deja, deja. No te molestes. Adiós, hija mía; hasta otro rato; que no haya novedad. (Vase foro derecha.)

ESCENA IX

PÍO y MARUJA

PÍO (¡Virgen de las Angustias, y qué angustias tan gordas me hace pasar mi madre! ¡No quiere convencerse de que yo he nacido para cura y nada más que para cura!)

MAR. Está bien, señor don Pío, está bien. ¿Conque esas tenemos? ¿Quién había de sospecharlo? (1)

PÍO Si yo no...

MAR. A mí no me vengas con hipocresías. Los que miran siempre para el suelo son los peores. Cuando tu madre asegura que estás enamorado, sus razones tendrá. Y si no, ¿por qué renuncias á la carrera, vamos á ver?

PÍO Si yo no...

MAR. Vaya, no seas reservado conmigo. Tengo verdadera curiosidad por saber quién es la dama de tus pensamientos.

PÍO Pero, si yo no...

(1) Maruja, Pío.

MAR. De seguro que es Manolita, la sobrina del boticario.

PÍO ¡Jesús!

MAR. ¿No? Pues entonces es Nicanora.

PÍO ¡Ave María Purísima!

MAR. ¿Tampoco? Esta no falla... Estás enamorado de Soledad.

PÍO ¡Virgen de la Soledad!

MAR. Pues, hijo mío, te he nombrado las únicas muchachas disponibles que hay en el pueblo. Digo, yo no recuerdo ninguna más. Es decir... (queda otra... ¡quedo yo! ¿A que resulta que está enamorado de mí este muchacho?) Oye, Pío, ¿tú no recuerdas alguna otra?

PÍO Yo, no...

MAR. (Como es así, tan tímido... Acaso no se atreva á declararse. Y bien mirado no es feo. ¡Qué ha de ser! Si vistiese de otra manera y se dejase la barba...) Dí, Pío, ¿por qué no te dejas la barba?

PÍO ¡Yo barba! ¡Qué barbaridad!

MAR. No sé por qué. ¡Si ya no has de ser eclesiástico!

PÍO Oye, Maruja; yo quiero decirte la verdad.

MAR. Dila, dila. (Se me va á declarar.)

PÍO Tú eres muy bondadosa y me perdonarás, de seguro.

MAR. ¡Ya lo creo! Date por perdonado.

PÍO Pues bien; mi madre es la que... No sé cómo decírtelo... Naturalmente, el respeto... Pero, no lo puedo remediar, mi inclinación...

MAR. Nada de torcer las inclinaciones. Que tu vocación te llama por ese lado? Pues vé por ahí.

PÍO ¡Ah! Tú me comprendes.

MAR. (¡Cómo se le anima la mirada! ¡Parece otro!) Sigue, sigue.

PÍO Yo estoy decidido.

MAR. Haces muy bien. Cuando las intenciones son santas y buenas no deben contrariarse.

PÍO Eso digo yo. (Se oye dentro el sonido de cascabeles.)

MAR. ¿Estás resuelto á ello? Pues nada de vacilaciones ni de dudas. A arreglar el asunto lo

más pronto posible y cuanto antes al altar.

Pío ¡Eso es, al altar! Ya me estoy viendo allí revestido con mi casulla y diciendo á los fieles: *¡Dominus voviscum!*

MAR. (¡Dios mío! ¡Ahora salimos con que quiere cantar misa! Pues me luzco si llego á escurrirme un poquito más.)

ESCENA X

DICHOS, PERICO que sale por el foro derecha. GREGORIA por la cocina al mismo tiempo. Luego CARLOS y AMBROSIO por el foro derecha; el último con maleta y manta de viaje

PER. ¡Señorita!

GREG ¡Señorita!

MAR. ¿Qué hay?

PER. Que á la puerta se ha parado la tartana del tío Ambrosio.

GREG. (Desde el foro.) Y se ha apeado un señorito que debe ser su primo de usted.

MAR. ¡A ver! (Yendo á la puerta del foro.) ¡Sí, él es! ¡Y los tíos que se han ido por el atajo! Vete á escape á ver si los alcanzas para que vuelvan.

PER. Voy á ponerme la chaqueta. (Vase por la cocina y sale al poco rato.)

GREG. (A Pío.) ¡Pobrecillo! ¡Qué cara trae!

MAR. ¡Carlos!

CAR. ¡Maruja! (Se abrazan. Al llegar al medio de la escena, Carlos finge un desvanecimiento y se desmaya sobre el hombro de Maruja.)

MAR. ¡Se ha desmayado! ¡Ayudadme! (La ayudan Pío y Gregoria.)

Pío ¡Pobre Carlos!

MAR. ¡Sentémosle aquí! (En el sillón que habrá en medio de la escena.) Vamos, hombre, ten ánimo. ¡Ya estás á nuestro lado! (1)

Pío ¡Sí, anímate, anímate!

GREG. ¡Al menos, tiene usted el gusto de morir entre su familia!

CAR. (¡Animal!)

---

(1) Gregoria, Pío, Carlos, Maruja, Perico.

PER. ¡Ay, qué malito que viene!

MAR. Anda, hombre, anda á escape. (Vase Perico foro derecha.)

AMB. (Saliendo con la maleta y manta de viaje.) ¿Dónde pongo esto? (1)

MAR. ¿Gregoria? Llévalo á la sala de arriba. (Gregoria recoge la manta y maleta de viaje y se va con ello por la segunda izquierda, volviendo á bajar al poco rato, yéndose á la cocina.)

CAR. Paga á ese hombre... Yo... no tengo... fuerzas ni para sacar el dinero.

MAR. Ande usted, Ambrosio, ya se le pagará.

AMB. ~~Está bien, señorita. Buenas tardes.~~ (Acercándose por detrás al oído de Carlos y gritando.) ~~Que usted se alivie.~~

CAR. ~~¡Ah! Gracias.~~ (Vase Ambrosio por el foro derecha y á poco vuelven á sonar los cascabeles, figurando que se aleja la tartana.) ¡Ay, Pío! ¡Ay, Maruja! ¡Yo estoy muy malo!

MAR. Vamos, hombre, no te desalientes.

PÍO Lo primero que necesitas es descansar. Y ya que he tenido el gusto de verte tan bueno... Digo, ya que he tenido el gusto de verte tan malo... En fin, voy á la iglesia á pedir á San Antonio que te dé lo que necesitas.

CAR. Sí; que me dé lo que necesito. Pídeselo de todo corazón.

PÍO Que descanses. Adiós, Maruja.

MAR. Adiós, Pío. (Acompaña á Pío hasta el foro y con el gesto indican ambos el mal estado en que se encuentra Carlos. (Vase Pío.)

ESCENA XI

CARLOS y MARUJA

CAR. ¡Ay!

MAR. ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa? (2)

CAR. (Con desaliento.) ¿Y los tíos? ¿Dónde están mis tíos?

MAR. Fueron por el atajo á la estación.

---

(1) Ambrosio, Gregoria, Pío, Carlos, Maruja.
(2) Maruja, Carlos.

CAR. ¿Pero no están en casa?
MAR. No; estoy yo sola.
CAR. ¿Sola?
MAR. ¡Sí!
CAR. Cierra aquella puerta. (Maruja cierra la de la primera derecha.) Cierra aquella otra. (Cierra la de la primera izquierda.) Ciérralas todas. (Cierra la de la cocina.)
MAR. ¡Qué miedo tienes á las corrientes de aire!
CAR. No; si á lo que tengo miedo es á otra cosa.
MAR. (¡Está delirando sin duda!) ¿A qué tienes miedo?
CAR. ¿No anda nadie por ahí?
MAR. Nadie.
CAR. (Levantándose.) Pues oye, Maruja. (1)
MAR. ¡Ay, Dios mío!
CAR. Tranquilízate. Tú siempre me has querido como á un hermano.
MAR. Y te quiero.
CAR. Ya lo sé. Tú eres muy buena, muy cariñosa y sobre todo, muy discreta.
MAR. Bien, pero...
CAR. Necesito tu apoyo.
MAR. Apóyate. (Ofreciéndole el brazo.)
CAR. No es eso. Es tu apoyo moral.
MAR. ¿Cómo?
CAR. Maruja, Marujita, prima de mi alma, si yo te revelara un secreto gravísimo, ¿serías capaz de guardarlo?
MAR. ¡Ya lo creo!
CAR. Tú eres la única persona á quien puedo confiarme. Yo necesito alguien que me ayude. Mi situación, créelo, Maruja, es gravísima.
MAR. No tanto, hombre; no estás tan malo como crees.
CAR. No, si no estoy malo.
MAR. ¿Qué?
CAR. ¡Si tengo una salud á prueba de bomba!
MAR. ¿Qué dices? (Muy sorprendida.)
CAR. Ese es el secreto.
MAR. ¿Eh?
CAR. Que ese es el secreto.

---

(1) Carlos, Maruja.

MAR. Me dejas asombrada. ¿Conque estas bueno?

CAR. Bien, gracias, ¿y tú?

MAR. No te comprendo. Explícate, por Dios, de una vez, que ya me tienes impaciente.

CAR. Seré muy breve, porque quiero que te enteres de todo antes de que lleguen los tíos. (Va Maruja al foro y baja en seguida.)

MAR. ¡Habla! (1)

CAR. Oye la lista que he venido haciendo en el tren y que representa el resumen de mis desdichas. (Saca un papel del bolsillo y lee) «A la patrona...»

MAR. ¿Eh?

CAR. «A la patrona: cuatro mensualidades á 80 pesetas, 320; al zapatero: brodequines, zapatos y zapatillas, 100; al sastre: dos ternos y un ambo...

MAR. ¿Cómo?

CAR. Pantalón y chaleco, 560; al camarero del Oriental: chocolates de la temporada y propinas, 85; al sereno: tres mensualidades y cuatro pesetas que me dió una noche, 10; á don Hermógenes Zaragüeta: ¡y esto es lo más gordo! por dos pagarés y réditos, 3.000. Suma total, ¡asómbrate! Cuatro mil setenta y cinco pesetas.» Esto es lo que debo en Madrid.

MAR. ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¿Pero cómo debes todo eso?

CAR. Porque no lo he pagado.

MAR. ¡Y los tíos sin saber nada!

CAR. De eso se trata, de que no lo sepan. ¿Crees tú que si les hubiera escrito diciéndoles estoy sano y bueno, pero debo cuatro mil pesetas, ellos me las hubieran mandado?

MAR. ¡Qué habían de mandarte!

CAR. Pues yo á todo trance las necesito. Dos meses hace que no puedo salir de casa. Me acechan los acreedores. Hasta el sereno se ha negado á abrirme la puerta, y una noche tuve que dormir en la Plaza de Oriente entre Recaredo y Chindasvinto.

---

(1) Maruja, Carlos.

MAR. ¡Pobre Carlitos!

CAR. ¿Tú sabes lo que es vivir en casa de una patrona á quien se le deben cuatro mensualidades? Es un suplicio horrible. Al despertar. ¡Ahí tiene usted el chocolate! (Con exagerada brusquedad.) En el almuerzo: ¡Ahí van los huevos fritos! Y á la comida: ¡Tome usted la sopa! Y así un día y otro, hasta que al fin dice uno: «Al Viaducto ó á engañar á los tíos.» No hay más remedio.

MAR. Y tú...

CAR. Yo me he decidido por lo segundo. ¿Crees acaso que debía matarme?

MAR. Hombre, eso no.

CAR. Ya he hecho bastante; me he puesto muy enfermo. Este ha sido el único recurso que se me ha ocurrido. Confieso que no es muy noble que digamos, pero la necesidad me ha obligado á ello. Mis tíos son buenos, son sensibles, me quieren mucho.

MAR. Ya lo creo; á ellos se lo debes todo.

CAR. ¡Todo, sí! Por eso quiero deberles también las cuatro mil pesetas. Comprende que un viaje á París y una operación quirúrgica, no pueden costar menos.

MAR. ¿Pero si no estás enfermo, á qué vas á París?

CAR. ¡Calla, tonta! A donde me voy con el dinero en cuanto me lo den, es á Madrid. Pago religiosamente á todos mis acreedores, y ya puedo salir por aquellas calles sin miedo á nadie y con la frente muy alta. (1) ¡Qué insolencias le voy á soltar á la patrona! ¡Qué barbaridades le voy á decir al sereno! ¡Y qué bofetada le voy á arrimar á Zaragüeta!

MAR. Eso es, y vuelta otra vez á la misma vida y...

CAR. ¡No digas eso! Estoy verdaderamente arrepentido. Los dos meses de cautiverio en la casa de huéspedes, me han enseñado mucho. Estoy decidido á estudiar, á concluir mi carrera y á corresponder á los sacrificios de mis tíos.

MAR. Ese propósito es muy santo; pero, desengá-

(1) Carlos, Maruja.

ñate, es imperdonable que vengas á representar esta farsa.

CAR. No es farsa, es un recurso; se me ocurrió leyendo la historia de los papas.

MAR. ¿Cómo?

CAR. ¿Tú no has oído hablar nunca de Sixto V?

MAR. Yo, no.

CAR. Pues se fingió enfermo, valetudinario y caduco para que hasta sus propios contrarios le votasen en la elección de Pontífice, creyendo que viviría poco tiempo. En cuanto fué nombrado, tiró el báculo en que se apoyaba, irguióse con entereza y dijo mirando á sus enemigos: «Estoy sano y bueno. Ya tienen ustedes Papa para rato.»

MAR. ¿Pero eso es cierto?

CAR. Rigurosamente histórico. Conque si á todo un cónclave le engaña por ese medio, nada menos que un Papa, ¿qué tiene de particular que engañe á sus tíos un pobre estudiante, lleno de deudas y de necesidades? Repito que mi situación es muy apurada. La patrona, el sastre y hasta el sereno, pueden esperar; pero don Hermógenes...

MAR. ¿Qué don Hermógenes?

CAR. Zaragüeta. Ese no espera á nadie. Se ha enterado de que mis tíos viven aquí, y de que son ricos, y me ha amenazado con escribirles una carta reclamándoles lo que le debo antes de acudir á los tribunales. ¡Ese hombre es un bandido!

MAR. ¡No es posible que haga eso!

CAR. Tú no conoces á Zaragüeta. Es un viejecito muy cortés y muy suave; pero con esa suavidad y esa cortesía, le mete á uno en la cárcel como si tal cosa... Y es inútil irle con reflexiones. A todas se hace el sordo: es decir, no se hace, porque lo es.

MAR. ¿Es sordo?

CAR. Completamente; pero yo te aseguro que, como los tíos me den ese dinero, me ha de oir las cosas que yo le diga.

MAR. ¡Válgame Dios!

CAR. Ya comprendes que yo no puedo esperar

á que él se decida á escribirles y lo descubra todo.

MAR. Tienes razón. Mira yo puedo ayudarte en algo con mis ahorros.

CAR. ¿Cómo?

MAR. Tengo una hucha con tres mil y pico de reales.

CAR. ¿Tres mil y pico? Acepto los tres mil, pero el pico de ninguna manera. No me gusta abusar.

MAR. No digas eso.

CAR. Lo que importa es que los tíos se convenzan de la necesidad de mi viaje á París, y me den lo que necesito para pagar á ese prestamista infame. Si vacilan convénceles. Diles que estoy muy malo... Que deben mandarme á Francia inmediatamente.

MAR. Bueno... pero yo... En fin... si me prometes cambiar por completo de conducta...

CAR. Yo te lo prometo. Yo te lo juro. Y ahora, por Dios dame algo de comer, que me estoy cayendo de debilidad. Llevo diecisiete horas sin tomar alimento.

MAR. ¿Sí?

CAR. Sólo he comido unos bombones de chocolate que compré en Villalba. Como venía con el dinero tasado, no he podido bajar á comer en ninguna parte.

MAR. ¡Pobrecillo!

CAR. Así es que tengo un hambre canina.

MAR. Voy al momento.

IND. }
DOL. } (Dentro.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?

MAR. ¡Los tíos!

CAR. Pues al sillón y no me desampares. (Se sienta en actitud de gran desfallecimiento.)

ESCENA XII

DICHOS, DON INDALECIO y DOÑA DOLORES por el foro derecha.)

IND. ¡Carlos!
DOL. ¡Carlitos! (Le abrazan y besan)
CAR. ¡Tío! ¡Tía! (1).
IND. ¡Al fin estás á nuestro lado!
DOL. ¡Qué ganas teníamos de verte!
IND. (Por detrás de Carlos, y aparte á doña Dolores.) (¡Qué mala cara tiene! Pero hay que animarle.) ¡Tienes muy buena cara!
DOL. ¡Nadie diría que estás enfermo!
CAR. Pues estoy muy malo.
IND. ¡Vaya, vaya! Todo esto no es nada.
DOL. Aquí te pondrás bueno.
CAR. No, señora, no; yo necesito ir á París.
IND. ¡Qué París ni que tonterías!
CAR. ¡Sí, tío, sí; estoy gravísimo! Que lo diga Maruja: al llegar aquí me dió un síncope. ¿Verdad?
MAR. Sí... es verdad.
CAR. Me dan muchos síncopes.
DOL. Pues ya se te pasará todo.
IND. Aquí con tranquilidad y buenas chuletas y buen vino...
CAR. Eso no me sentaría mal...
DOL. Sin embargo, hay que tener cuidado con la alimentación. En el estado en que te encuentras...
IND. El comer bien no hace daño á nadie. A ver el pulso. (Se lo toma.) Yo no entiendo nada de esto; pero me parece que está muy débil.
CAR. Mucho; sí, señor.
IND. Por de pronto, dí que le pongan una buena cena (A Maruja.)
DOL. Pero, hombre.
IND. Unas sopitas con huevos, unas magras con tomate y un pollo asado.
CAR. Sí, señor. sí

(1) Don Indalecio, Carlos, doña Dolores y Maruja.

IND. ¿Lo ves? (A doña Dolores.) De oirlo sólo ya está más animado...

DOL. ¡Indalecio! ¡Por Dios!

MAR. Tiene razón el tío: eso no puede sentarle mal.

CAR. ¡Eso creo yo!

DOL. ¿Tienes apetito?

CAR. ¡Mucho! Es decir... yo no sé si es apetito ó malestar, ó desfallecimiento...

IND. ¡Debilidad, debilidad y debilidad! De eso se muere la mitad de los enfermos... Anda. y que le dispongan la cena.

MAR. Voy en seguida. (Vase á la cocina.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos MARUJA

CAR. (Dando un gran suspiro.) ¡Ay!

IND. ¿Qué es eso? (Acercándose con una silla.)

DOL. ¿Te sientes peor? (Sentándose al lado de Carlos.) (1)

CAR. Estoy muy grave, desengáñense ustedes. Me muero si no me voy á París mañana mismo.

IND. Pero, vamos á ver. (Sentándose.) ¿Desde cuándo has empezado á sentirte enfermo? Hasta hace ocho días no nos has dicho nada...

CAR. Por no alarmar á ustedes, pero esto empezó... ¡ay!... por Carnaval.

DOL. ¿Hace tanto tiempo?

CAR. Sí, señora; y luego en la Cuaresma me puse peor.

IND. ¡Claro! Las comidas de vigilia. ¡Esas espinacas son un veneno!

CAR. Primero empecé á notar unas cosas muy raras. Unas veces sentía calor.. y otras frío; y otras... ni frío ni calor.

DOL. ¿Y qué más?

CAR. Pues dolores en todas partes.

IND. ¿Dolores?

DOL. ¿Qué?

IND. No. Le digo á éste. Dolores agudos, ¿eh?

CAR. Muy agudos. Primero se me fijaban en un

---

(1) Don Indalecio, Carlos y doña Dolores.

sitio .. y luego en otro... pero principalmente aquí, á los dos lados. (Poniéndose las manos sobre los bolsillos del chaleco.)

IND. ¿En los vacíos?

CAR. Completamente vacíos.

IND. ¡Caramba, hombre! ¡Y nosotros sin saber una palabra!

DOL. ¡Y tú padeciendo de esa manera!

CAR. ¡Mucho! Dos meses me he pasado sin poder salir de la casa de huéspedes.

IND. ¡Dos meses!

CAR. Sí, señor. Llegó el caso de no atreverme á andar por las calles.

IND. ¡Qué atrocidad!

CAR. Con decir á ustedes que una noche tuve que dormir en un banco de la plaza de Oriente.

DOL. ¡Jesús!

IND. ¡Qué barbaridad! ¿Y te haría daño el sereno?

CAR. No llegó á pegarme.

IND. ¿Cómo?

CAR. Digo que... ¡Ay! (Quejándose muy fuerte.)

DOL. ¿Qué?

IND. ¿Qué es eso?

CAR. Estos dolores, que no me dejan.

DOL. ¡Vamos, anímate, hombre!

CAR. No puedo, tía, no puedo. Tengo una tristeza que me consume; una melancolía horrible; unas ganas de llorar... (Llora.)

DOL. ¡Pobrecillo! (Llora. Se levanta.)

IND. ¡Pobre Carlos! (Idem, idem.)

CAR. ¡Sí, tía, sí! ¡Sí, tío, sí! Yo necesito ir á París inmediatamente.

ESCENA XIV

DICHOS y MARUJA, con una bandeja con servicio para comer una persona

MAR. La cena va á estar en seguida; para que esperes menos, voy yo misma á poner la mesa. Pero, ¿qué es eso? ¿Han llorado ustedes? (1)

---

(1) Carlos, don Indalecio, doña Dolores y Maruja.

IND. Nos ha conmovido éste con el relato de su enfermedad.

MAR. (¡Qué pillo!)

DOL. (¡Está muy malo!) (A Maruja.)

IND. (¡Está muy débil!) (Idem.)

MAR. ¡Cenando se fortalecerá! Verán ustedes como se alivia, por el pronto al menos. ¿Verdad, Carlos?

CAR. ¡Yo creo que sí, porque siento una debilidad horrible! (¡Hombre! ¡Aún quedaban por aquí dos bombones de chocolate!) (Se los come. Doña Dolores ayuda á Maruja á poner la mesa.)

ESCENA XV

DICHOS y DON SATURIO, por el foro izquierda

SAT. ¡Hola! ¡Hola! ¿Ya tenemos por aquí al viajero?

DOL. ¡Don Saturio! (1)

CAR. (¡El médico! ¡Con esto no contaba yo!)

DOL. (Bajo á don Saturio.) (No me gusta nada.)

SAT. (Ahora veremos.) ¡Carlitos!

CAR. ¡Don Saturio! (Con voz muy débil.)

IND. Siéntese usted. (2)

SAT. No; esta va á ser verdadera visita de médico. Han vuelto á llamarme con urgencia desde Villarejo, y me están esperando ahí con un coche. Conque vamos á ver, ¿qué tal se ha hecho el viaje?

CAR. Muy mal, muy mal.

SAT. (La cara indica sufrimiento.) (A doña Dolores. A ver esa mano. (Le pulsa.) La temperatura es normal. El pulso, sí, está algo débil .. ¿Cuántas horas hace que no toma usted alimento?

CAR. Muchas; desde Madrid.

SAT. Entonces no es extraña la debilidad; tanto tiempo sin tomar nada...

---

(1) Don Saturio, doña Dolores, Carlos, don Indalecio y Maruja.

(2) Doña Dolores, don Saturio, Carlos, don Indalecio y Maruja.

IND. ¡Una barbaridad! Lo que yo decía.

SAT. El pulso, sin embargo, no indica nada alarmante.

CAR. Pues yo me siento muy mal, muy mal.

SAT. A ver la lengua. (La saca Carlos.) (¡Malo!) (A doña Dolores.)

DOL. ¿Que?

SAT. (De color de chocolate. No me gusta este síntoma.) Bueno, bueno; pues mañana haremos un reconocimiento más detenido, y...

ESCENA XVI

DICHOS, y GREGORIA, que sale de la cocina con una sopera y una fuente con un pollo; después PERICO por el forc derecha

GREG. (Saliendo.) La cena.

IND. Eso es lo que necesita. ¡Anda, hombre, anda! (Carlos se levanta.)

SAT. ¡Cómo cenar! ¡De ninguna manera! ¡Dieta absoluta!

CAR. (¡Díos mío!)

SAT. Ahora, á la cama y á descansar.

DOL. Tiene usted razón. (1) A la cama, á la cama hijo mío. (Conduciéndole hacia la segunda izquierda.)

CAR. ¿Pero tomaré algo?... (A don Saturio.)

SAT. Agua con azúcar; ni más ni menos.

CAR. Pero .. (Mirando á la mesa.)

DOL. Descuide usted que yo me encargo de que no tome nada.

CAR. ¡Tía!...

DOL. ¡A la cama, á la cama!

PER. Don Saturio, que le esperan á usted. (Vase.)

SAT. Allá voy. Buenas tardes, queden ustedes con Dios.

IND. ¡Abur!

MAR. ¡Adios, don Saturio!

---

(1) Don Saturio, doña Dolores, Carlos, don Indalecio, Maruja y Gregoria.

DOL. ¡Anda, hombre, anda! (Subiendo los escalones. Carlos no separa la vista de la mesa.)

MAR. ¡Pobre Carlos! (A don Indalecio.)

IND. ¡A este muchacho me lo van á matar de hambre! (A Maruja.)

MAR. ¡Es posible!

GREG. ¿Me llevo esto?

IND. No; déjalo. Me lo comeré yo. (Sentándose y destapando la sopera.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, MARUJA y luego PÍO

GREG. (Cantando á voz en grito y limpiando los muebles con unos zorros, con los cuales da golpes fuertísimos.)

MAR. (Que baja la escalera.) ¡Gregoria! ¡Pero, Gregoria!

GREG. ¿Qué manda usted, señorita?

MAR. Mujer, que no des esos gritos ni esos golpes. Acuérdate de que arriba hay un enfermo y de que mi tío está durmiendo todavía.

GREG. ¡Anda, anda, el señor! ¡Aunque se hundiera la casa! Esta madrugada, cuando le entré el chocolate, tuve que despertarle poco menos que á puñetazos.

MAR. Bueno, bueno; vete á la cocina, que yo acabaré la limpieza. (Vase Gregoria.) Pues señor, bien. Yo no sé cómo lograremos salir de todo esto. El pobre Carlos se va á ver en un compromiso.

Pío ¡Santos y buenos días nos dé Dios! (1)

MAR. ¡Hola, Pío; cómo madrugas! (Sigue limpiando el polvo á los muebles mientras habla.)

Pío La costumbre del seminario. Yo oigo siempre la misa de alba.

(1) Pío y Maruja.

MAR. ¿Y qué te trae por aquí?

PÍO Pues... lo primero, preguntar cómo ha pasado la noche Carlitos.

MAR. Muy mal.

PÍO ¿Sí, eh?

MAR. ¡Claro! Figúrate que está sin comer nada desde que salió de Madrid.

PÍO ¿Pero no le han dado siquiera algunos calditos?

MAR. ¡Quiá! Don Saturio le puso á dieta rigurosa, y mi tía, que le ha estado velando toda la noche, no le ha permitido tomar más que agua azucarada.

PÍO ¡Caramba, caramba! Bueno. Pues... lo segundo...

MAR. ¿Qué segundo?

PÍO Lo segundo á que venía.

MAR. ¡Ah, ya!

PÍO Es hablarte de una cosa muy grave.

MAR. ¿Qué pasa?

PÍO Verás: ayer no me atreví á decirte la verdad; creí que podría evitarlo, pero ya no hay más remedio.

MAR. Dí, hombre di. (Dejando de limpiar.)

PÍO Mi madre, Dios me lo perdone, pero me tiene frito.

MAR. ¿Cómo?

PÍO Se opone terminantemente á que yo sea cura.

MAR. ¿Pero ahora salimos con esas? Pues si ayer me dijo ella misma que sentía mucho que no siguieras la carrera eclesiástica.

PÍO ¡Quiá!

MAR. Y que ella no quería torcer tu vocación.

PÍO ¡Quiá!

MAR. Y que tú estabas enamorado en secreto.

PÍO ¡Quiá!

MAR. Entonces, no me explico...

PÍO Pues á eso vengo yo: á explicártelo. Mi madre está empeñada en que me case.

MAR. ¿De veras? ¿Y con quién?

PÍO (Después de un momento de vacilación.) Contigo.

MAR. ¿Conmigo? ¿Conque era cosa de ella?

PÍO De ella. ¡Cómo había de pensar yo en semejante barbaridad!

MAR. ¡Hombre, muchas gracias!

PÍO No, no lo digo por ofenderte; pero á mí me llama Dios por otro camino.

MAR. ¿Sí? ¡Pues vete bendito de Dios! Pero no comprendo por qué me cuentas esas historias.

PÍO Porque sólo tú puedes sacarme del apuro en que me encuentro.

MAR. ¡Vaya! Aquí estoy yo para sacar de apuros á todo el mundo!

PÍO Como soy tan tímido no me resolví ayer á contarte lo que me pasaba, ni me atreví á confesar después á mi madre que no te había dicho una palabra; y como ella es así, que todo se lo habla, y yo soy así, que todo me lo callo, resulta que á estas horas cree firmemente que tú y yo nos entendemos.

MAR. ¡Tiene gracia! ¡Pues no nos entendemos! Y hazme el favor de decirle que no hay semejante cosa.

PÍO ¡Por Dios, no te incomodes! Se me ha ocurrido una idea que lo resolvería todo.

MAR. ¿Cuál?

PÍO Decirle tú á mi madre que estás en relaciones con otro.

MAR. ¿Con quién?

PÍO Con cualquiera... Con Carlitos, por ejemplo.

MAR. ¡Qué atrocidad!

PÍO Pues es la única solución: estando tú comprometida, no me vería yo comprometido.

MAR. ¡Vaya, vaya! No me metas en esos líos, que ya tengo bastante en qué pensar. Arréglalo como puedas y déjame tranquila. (Yendo hacia el foro.)

PÍO (No, pues yo á mi madre no le digo una palabra, porque con el genio que tiene, me pega. ¡Vaya si me pega!)

ESCENA II

DICHOS y DOÑA DOLORES, después DON SATURIO y DON INDALECIO

Pío ¡Ah! ¡Doña Dolores!

DOL. ¡Hola, Pío, buenos días! (Por la segunda izquierda.)

Pío ¿Cómo está usted?

DOL. Rendida, hijo. Me he pasado toda la noche velando al pobre Carlos.

Pío ¿Y cómo sigue?

DOL. Ahora está durmiendo bastante tranquilo.

Pío Menos mal.

DOL. ¿Y tu tío? (A Maruja.)

MAR. No se ha levantado todavía.

DOL. Llámale, mujer, llámale. Con tanto comer y tanto dormir, ese hombre el mejor día va á dar un estallido.

Pío Eso dice mi madre. (Vase Maruja por la primera derecha.)

DOL. ¿Cómo?

Pío Que no es saludable dormir tanto.

DOL. ¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser!

SAT. (Por el foro derecha.) Buenos días, señora.

DOL. Hola, don Saturio.

Pío Buenos los tenga usted.

MAR. (Por la primera derecha.) Aquí sale ya el tío.—Felices, don Saturio.

SAT. Hola, Marujita.

IND. (Por la primera derecha.) Muy buenos días. (1)

DOL. (Al ver á don Indalecio.) ¡Gracias á Dios, hombre!

IND. Mujer, reflexiona que me he pasado velando toda la noche.

DOL. ¡Si te acostaste á poco más de la una, y desde las diez estuviste dando cabezadas!

IND. Eso es cierto; yo no puedo trasnochar, es lo único que me hace daño. (2)

SAT. ¿Y qué tal? ¿Cómo ha pasado la noche el enfermo? (A doña Dolores.)

---

(1) Don Indalecio, Maruja, don Saturio, doña Dolores y Pío.
(2) Maruja, don Indalecio, don Saturio, doña Dolores y Pío.

DOL. Muy intranquilo y dando unos suspiros muy grandes y bostezando mucho.

MAR. (¡Claro! ¡De hambre!)

SAT. Nervioso, todo eso es nervioso.

DOL. Al amanecer, se quedó dormido; pero debía de tener alguna pesadilla, porque no hacía más que dar saltos en la cama y decir á cada momento: ¡Zaragüeta! ¡Zaragüeta!

MAR. (¡Ay, Dios mío!)

SAT. ¡Qué cosa tan rara!

IND. ¡Zaragüeta! ¿Quién puede ser ese Zaragüeta?

PÍO Como no sea el marido de la viuda de las cajas de fósforos...

DOL. ¡Qué ha de ser ese!

IND. Luego se lo preguntaremos.

MAR. ¡No! Yo sé quién es!

IND. ¿Quién?

MAR. Me lo dijo ayer Carlos. Zaragüeta es... es don Hermógenes Zaragüeta... (Después de pensar un instante.) Uno de los médicos que le asistían en Madrid.

SAT. ¿El de cabecera, acaso?

MAR. Sí, señor; el de cabecera. Carlos le quiere muchísimo; le está muy agradecido. Sin duda por eso ha soñado con él.

SAT. ¡Zaragüeta! Pues no le conozco. Ea, vamos á ver al enfermo.

IND. Sí, vamos.

SAT. Haré un reconocimiento detenido y veremos lo que hay.

MAR. (¡Que no lo vea, Dios mío!)

IND. (En la escalera.) Ande usted, don Saturio.

SAT. De ningún modo.

IND. Pase usted. (Vanse los dos.)

ESCENA III

DICHOS, menos DON SATURIO y DON INDALECIO

DOL. Maruja, vé á la cocina y que pongan pronto el cocido, por si hay que dar á Carlitos algún caldo.

MAR. (¡Caldo! Chuletas es lo que él necesita.)

DOL. ¡Ah! Oye: ¿dónde me has puesto el libro de

cocina, que tengo que ver, por si acaso, aquella receta de gelatina con sustancia de carne?

MAR. Me parece que lo he visto arriba, en el armario de la solana. (Vase foro izquierda.)

DOL. Sí, allí le dejé el otro día. Voy por él. (Vase por la escalera.)

ESCENA IV

PIO, luego PERICO y DON HERMÓGENES por el foro derecha

Pío Pues señor, yo me marcharía de buena gana á oir la misa de diez; pero como mi madre se empeña en que esté aquí todo el tiempo posible... ¡Mire usted que es empeño!

PER. (Dentro.) Sí, señor, sí; pase usted.

Pío ¿Eh?

PER. ¡Este caballero que viene preguntando por los señores. (Vase por el foro)

HERM. Servidor de usted. (1)

Pío Buenos días. (Es forastero.)

HERM. ¿Los señores de Ruipérez?

Pío Sí, señor; aquí viven.

HERM. En la plaza me digeron que era aquí, pero yo dudaba: como no conozco este pueblo...

Pío Tome usted asiento.

HERM. ¿Cómo?

Pío (Ofreciéndole la silla.) Que se siente usted.

HERM. ¡Ah! (Se sienta en el sillón.)

Pío Voy á llamar á los señores. Con su permiso... (Vase por la escalera.)

HERM. ¡Ah! Por lo visto me ha dicho que espere. ¡Esperaré!

ESCENA V

DON HERMÓGENES

Pues señor, bien. ¿Cómo me recibirán aquí? Mal, como en todas partes; pero no hay más remedio. Si no tomo esta determinación me

---

(1) Don Hermógenes y Pío.

quedo sin los cuartos, y la cantidad no es para despreciada (Sacando los pagarés.) Aquí están los pagarés, que con los réditos, asdienden á tres mil pesetillas. Sí: estos son. «Pagaré á don Hermógenes...» ¡Ya lo creo que pagará! El no, pero lo que es sus tíos, ¡vaya si me lo pagarán! (Se levanta.) ¿Qué puede suceder? ¿Que me insulten? Eso me tiene sin cuidado, porque á mí los insultos por un oído me entran y por otro me salen... Es decir, no me entran por ninguno: esa es una de las ventajas de ser sordo. Para mi profesión es muy conveniente este defecto. —Que me llaman esto y lo otro y lo de más allá... ¡pues no lo oigo! Que me piden dinero cuando no me conviene darlo... ¡á la otra puerta! Que me vienen con ayes y quejas y lamentaciones... ¡soy un marmolillo! Nada, nada, que yo no oigo nunca más que lo que me conviene. Toda mi filosofía se encierra en esto: «Hacer oídos de mercader,» «á palabras necias oídos sordos» y «no hay peor sordo que el que no quiere oir.»

ESCENA VI

DICHO, DOÑA DOLORES y PÍO

DOL. Caballero...

PÍO Aquí tiene usted á doña Dolores.

HERM. ¿Eh? ¡Ah! ¿Es la señora de Ruipérez á quien tengo el honor de saludar? (1)

DOL. Servidora de usted.

HERM. Celebro tanto... Acabo de llegar á este pueblo...

DOL. ¿Y busca usted á mi esposo?

HERM. Precioso, sí señora; es un pueblecito muy alegre.

DOL. (A Pío.) (¿Qué dice este señor?...)

PÍO (Me parece que es sordo.)

(1) Don Hermógenes, doña Dolores y Pío.

DOL. (Por lo visto.) ¿A quién tengo el gusto?... (1)
HERM. ¿No está el señor de Ruipérez?
DOL. Sí, señor; pero en este momento está ocupado.
HERM. ¿Cómo? Advierto á usted que soy un poco...
DOL. ¡Ya, ya! Que mi esposo está ocupado. (Muy fuerte.)
HERM. ¿Eh?
PÍO ¡Ocupado! (Idem.)
HERM. ¡Ah! Entonces volveré más tarde.
DOL. Como usted quiera. ¿Su nombre de usted para decírselo?
HERM. No, no me conoce. Volveré, volveré luego.
DOL. Pues vaya usted con Dios.
HERM. Servidor de usted. (Volviéndose de pronto.) ¿Cómo?
DOL. No, nada.
PÍO (Muy fuerte.) ¡Nada!
HERM. ¡Ah! Creí que... A los pies de usted. Que usted lo pase bien. (A Pío. Vase foro derecha.)

ESCENA VII

DOÑA DOLORES y PÍO

DOL. ¿Quién será este señor?
PÍO ¡Pobre hombre! Está como un cacharro.
DOL. Veré si encuentro esa gelatina. (Se sienta, abre el libro y lo hojea.)
PÍO Doña Dolores, yo sentiría mucho estar molestando...
DOL. ¡No, hijo mío, qué has de molestar! (Leyendo.) «Pato con guisantes.»
PÍO (Sentándose.) Entonces esperaré á ver lo que dice don Saturio. Deseo saber lo que opina de la enfermedad de Carlos. ¿Qué tendrá el pobrecillo?
DOL. (Leyendo.) «Hígado mechado.»
PÍO ¿Eh?
DOL. Leía aquí.

(1) Pío, don Hermógenes y doña Dolores.

Pío ¡Ah! Creí que decía usted que tenía el hígado mechado, porque eso sería muy grave.

Dol. ¡Ya lo creo! (Oyese hab'ar á don Indalecio y á don Saturio que bajan por la escalera.) ¡Ah! Ya bajan.

ESCENA VIII

DICHOS, DON SATURIO y DON INDALECIO por la escalera, y MARUJA que sale de la cocina

Dol. Qué hay, don Saturio; ¿cómo lo encuentra usted? (1)

Sat. Pues, señora, repito á usted lo que acabo de decir á don Indalecio. Respeto mucho el parecer de mis comprofesores de Madrid; pero, la verdad, yo en ese muchacho no encuentro nada de particular.

Mar. (Este va á descubrirlo todo.)

Sat. Le he reconocido detenidamente...

Ind. Muy detenidamente. ¡Le ha dado un sobo, que ya, ya!

Sat. Y aseguro á ustedes que no hay lesión en ningún órgano importante. La temperatura es normal; la lengua no puede estar más limpia...

Mar. (¡Ya lo creo!)

Sat. El estómago está bien, el hígado lo mismo; el bazo, igual ..

Ind. Y los riñones en su sitio.

Sat. En una palabra, creo que se trata de una afección puramente nerviosa.

Dol. Bien; ¿pero será grave?

Sat. Tal vez.

Mar. (¡Ay, respiro!)

Sat. Estos desequilibrios nerviosos suelen traer funestas consecuencias. El asegura que siente unas cosas muy raras ... que ha tenido síncopes...

Mar. Sí, señor, sí.

~~Pío~~ ~~Es verdad~~.

Sat. Afirma que en Madrid le han dado muchos

---

(1) Pío, doña Dolores, don Saturio, don Indalecio y Maruja.

ataques... y todo esto hace temer que, cuando menos se piense, pueda acometerle algún acceso. Estas perturbaciones llevan á veces hasta la locura.

IND. ¡Canastos!

DOL. ¡Dios mío!

PÍO ¡Pobre Carlos!

SAT. No se alarmen ustedes. Para estos casos está indicada la hidroterapia, sobre todo las duchas. Las duchas son de un efecto maravilloso. Yo confío en poder curarle con eso y con la vida activa del campo, el ejercicio, la caza... y una alimentación moderada y tónica.

IND. Eso, eso: buena carne y buen vino

SAT. No; no conviene fatigar el estómago. Empezaremos con la leche. Pueden ustedes darle toda la que quiera; pero ninguna otra clase de alimento

DOL. Descuide usted, que así se hará.

SAT. Que tome además un par de cucharadas al día de esta fórmula que he dispuesto. (**Alude á una receta que trae don Indalecio.**)

DOL. Perfectamente.

SAT. Conque, señores, voy á continuar mi visita.

IND. Hasta la tarde, don Saturio.

DOL. Que usted lo pase bien. (**Dándole el sombrero.**)

PÍO Yo también me voy con usted.

SAT. ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía! Ya me marchaba sin dar á usted (**A don Indalecio.**) lo que me entregaron ayer en Villarejo. Aquí tiene usted las cuatro mil pesetas del trigo. (**Dándole billetes.**)

IND. Muchas gracias.

PÍO (Este trigo es el que le entusiasma á mi madre.)

SAT. ¡Ea, abur!

PÍO Ustedes lo pasen bien.

IND. Buenos días.

DOL. Vayan ustedes con Dios. (**Vanse por el foro derecha don Saturio y Pío.**)

ESCENA IX

DOÑA DOLORES, DON INDALECIO y MARUJA, luego GREGORIA

IND. Estoy muy contento. La opinión de don Saturio me ha tranquilizado.

DOL. Pues á mí no. (1)

MAR. Ni á mí.

IND. ¿Por qué?

DOL. Ya has visto que no ha dicho una palabra de la operación esa que los médicos de Madrid consideran precisa.

MAR. Ni una palabra.

IND. Es verdad.

DOL. Y yo, francamente, si Carlitos no se mojara en unos días, creo que debíamos hacer un sacrificio y enviarlo á París.

MAR. Muy bien pensado.

IND. ¡A París! Eso cuesta mucho dinero.

MAR. No, tío: Carlos dice que con cuatro mil pesetas tiene bastante.

IND. ¿Y cómo lo sabe?

MAR. Yo no sé... El ha dicho...

DOL. Habrá echado sus cuentas.

IND. Bueno, bueno; pues si llega el caso, ¿qué le vamos á hacer?... Se le darán las cuatro mil pesetas. Nos figuraremos que se ha perdido la cosecha del trigo.

DOL. Ea, yo me voy á casa de doña Rita, que tiene unas cabras muy hermosas, á ver si puede proporcionarnos la leche que se necesite. ¡Gregoria! (A Maruja.) ¡Dame la mantilla! (Maruja la ayuda á ponérsela.) ¡Gregoria!

GREG. (Saliendo.) ¿Llamaba usted?

DOL. Sí, vas á ir conmigo á un recado. Trae una jarra grande. (Vase Gregoria y vuelve en seguida con la jarra. A don Indalecio.) Dame esa receta y de paso la dejaré en la botica.

IND. No, quiero llevarla yo mismo. Necesito encargar una botella de aquel vino de quina,

---

(1) Doña Dolores, don Indalecio, Maruja.

que me sentó tan bien hace dos años y que me abrió tanto el apetito.

DOL. ¡Pero, hombre!

IND. Sí, hija, sí. Con estos disgustos no estoy yo en caja. Esta mañana, con el chocolate, no pude concluir el segundo panecillo. ¡Vamos!

DOL. Estate al cuidado por si Carlitos llama.

MAR. Vayan ustedes tranquilos. (Vanse don Indalecio, doña Dolores y Gregoria por el foro derecha.)

ESCENA X

MARUJA, y luego CARLOS

MAR. ¡Gracias á Dios que me quedo sola! ¡El pobre Carlos debe de estar desfallecido! Voy á subirle unos fiambres. (Abre la alacena.) ¡Medio pollo! ¡Magnífico! Jamón cocido. Esto le gustará. A ver si hay más por aquí. ¡Truchas escabechadas! Perfectamente. ¡Tendrá un hambre atroz, por fuerza! Ahora pan, y una botellita de vino. (Ha colocado en la mesa todo lo que dice.)

CAR. (Que baja mostrando gran debilidad y apoyándose en la barandilla de la escalera.) ¡Ay! ¡Me flaquean las piernas! ¡Maruja!

MAR. ¡Carlos!

CAR. Desde arriba he visto salir á los tíos y vengo á que me des algo que comer. Ya no puedo más.

MAR. Precisamente iba á subirte todo esto.

CAR. ¡Oh, felicidad! ¡Bendita seas, Maruja de mi alma! (Se sienta y empieza á comer con voracidad.) ¡Pollo, jamón, truchas! ¡El ideal! Con todo esto soñaba yo esta noche. (1)

MAR. No, con lo que has soñado es con otra cosa.

CAR. ¿Con qué?

MAR. Con el prestamista de Madrid.

CAR. ¿Eh?

MAR. La tía te ha oído repetir en sueños varias veces: «¡Zaragüeta!»

---

(1) Maruja y Carlos.

CAR. ¡Zapateta!

MAR. No. Zaragüeta.

CAR. No; si es que he dicho zapateta como pude decir otra cosa. ¿De manera que lo he descubierto todo?

MAR. No, tranquilízate. He hecho creer á los tíos que Zaragüeta es el apellido del médico de cabecera que te ha estado asistiendo.

CAR. Gracias. ¡Qué prima tan buena... y qué pollo tan rico!

MAR. Come despacio, que vas á atragantarte. Los tíos aún tardarán en volver. Ya estoy al cuidado. (Va á la puerta del foro derecha.)

CAR. ¿Y qué dicen, qué dicen los tíos? ¿Crees tú que les sacaré el dinero?

MAR. Es muy posible Los veo en buen camino. (Volviendo al lado de Carlos)

CAR. Con tal de que les veas camino de París...

MAR. ¡Valiente trucha!

CAR. No, las truchas luego. Ahora el jamón.

MAR. ¡Si á quien llamaba trucha era á tí!

CAR. ¡Ah! ¿Y don Saturio? ¿Qué dice el imbécil de don Saturio? Aun estoy resentido del reconocimiento.

MAR. No es tan imbécil como supones; la prueba es que asegura que tú no tienes ninguna enfermedad.

CAR. ¿Ha dicho eso? (Asustado)

MAR. Sí; pero no te alarmes. Como no tiene motivos para dudar de esas cosas raras que tú dices que sientes, el buen señor sospecha que padeces una afección nerviosa.

CAR. Eso me conviene. Y esto también. La emprenderé con las truchas. (Maruja vuelve á la puerta del foro para observar.) Me voy reanimando. ¡Riquísimas! El vinagrillo les da un sabor delicioso.

MAR. ¡Ah!

CAR. ¡Eh! (Levantándose.)

MAR. ¿Qué te pasa?

CAR. Creí que venían.

MAR. No, no te asustes. ¡Qué nervioso estás! (Se sienta Carlos y sigue comiendo.)

CAR. Naturalmente; ya has oído á don Saturio;

esa es mi enfermedad... y como te oí decir ¡ah! así, de pronto...

MAR. Si es que me olvidaba de contarte lo que me pasa con Pío.

CAR. ¿Qué te pasa?

MAR. Me ha confesado el infeliz, que su madre le obliga á dejar la carrera de cura para que me haga el amor y se case conmigo. (Riéndose.)

CAR. ¡Esa si que es trucha! ¡Claro! ¡Qué más quisiera ella que una nuera como tú!

MAR. (Se apoya en el respaldo de la silla que está enfrente de la de Carlos.) Pues el muchacho no me quiere.

CAR. ¡Qué estúpido!

MAR. Y para librarse del compromiso en que le pone su señora madre, ¿que dirás que me ha propuesto?

CAR. ¡Qué se yo! Alguna tontería.

MAR. Que le diga yo á doña Blasa que no puedo aceptar las relaciones de su hijo, porque... porque estoy comprometida contigo... (Riéndose.)

CAR. (Dejando de pronto de comer.) Oye, oye, pues no me parece ninguna tontería.

MAR. ¡Calla, hombre, por Dios!

CAR. ¿Qué tendría de particular? (Levantándose.) Tú eres joven, yo soy joven también; tú eres bonita, yo no soy feo... Digo, me parece que no soy feo.

MAR. ¡Qué has de ser feo!

CAR. Tonto creo que tampoco lo soy; mi figura no es despreciable, y de mi conducta no hablemos.

MAR. ¡No! No hablemos de tu conducta.

CAR. Bien, mujer; pero ya sabes que estoy completamente arrepentido, y que de los arrepentidos es el reino de los cielos. ¡Y qué más cielo que esa cara tan remonísima!...

MAR. ¡Chico, chico!...

CAR. Y esos ojos... y esa boca... y este cuerpecito... (Ciñéndoselo con el brazo.) En fin, chica, que Pío no te ha propuesto ningún absurdo.

MAR. Sí, sí; como si fuera yo á creerme todo eso

que dices. ¡Con la vida que has llevado, apenas tendrás tú compromisos en Madrid!...

CAR. ¿Yo? Te juro que no tengo más compromiso que el de Zaragüeta. De ese creo que no tendrás celos. (Sigue abrazando á Maruja.)

MAR. Vaya, vaya, déjate de tonterías y sigue almorzando. (Rechazando suavemente á Cárlos.)

CAR. No; ya no puedo más. He comido como un buitre. ¡Qué bien me encuentro ahora! ¡Con el estómago lleno de alimentos y el corazón lleno de ilusiones!

MAR. (Que ha vuelto á la puerta del foro.) ¡Ay, allí viene la tía! Recojamos todo esto; que no sepa que has comido nada. (Entre los dos guardan en la alacena todo lo de la mesa, sobre la cual quedan solamente los dos vasos y la botella con agua, que debe haber desde el comienzo del acto.)

CAR. Volveré á mi estado de postración. (Se sienta en el sillón.)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA DOLORES y GREGORIA que coge un vaso de encima de la mesa

DOL. ¿Ha ocurrido algo? (A Maruja que ha ido al foro.)

MAR. No, señora. Aquí tiene usted al enfermo.

DOL. ¡Hola! ¿Y qué tal te encuentras?

CAR. Muy bien, digo... así, así. Bien no me encuentro nunca. ¡Ay! (Suspirando.)

GREG. Pues hoy tiene usted mejor cara. Ayer, cuando llegó usted, parecía un difunto. (1)

DOL. (No seas animal.) Dame. (Cogiendo la jarra.) Te traigo una leche riquísima. Recién ordeñada. Vas á tomar un vasito. (Llenándolo de leche.)

CAR. No, ahora no puedo más.

DOL. ¿Eh?

MAR. Se ha empeñado en no tomar nada. Quería yo haberle dado unos bizcochitos con vino...

(1) Gregoria, doña Dolores, Carlos y Maruja.

DOL. No; ya sabes lo que ha dicho don Saturio. Leche y nada más que leche. Toma, toma. (Obligándole.)

CAR. Pero encima del vinagre... (Rechazando el vaso.)

DOL. ¿Qué?

MAR. Se queja de que tiene el estómago como avinagrado.

DOL. Esto te aliviará; necesitas alimentarte. Vamos, hijo, vamos.

MAR. (A Carlos.) Bebe, hombre, bebe.

CAR. (No hay más remedio. (Bebe en tres sorbos todo el contenido del vaso, mostrando repugnancia. Cuando se detiene al beber, doña Dolores le anima.)

DOL. ¡Ajajá! Veras que bien te sienta. Con esto y con el ejercicio te restablecerás pronto. (Gregoria deja la jarra y el vaso sobre la mesa y vase á la cocina.)

CAR. No, tía, no; yo necesito ir á París.

DOL. Bueno, si no hay otro remedio ya irás.

CAR. No hay otro remedio; creame usted á mí. (1)

DOL. Anímate, hombre; y anímale tú, mujer.

CAR. Ya me anima, ya.

MAR. Sí, señora; procuro distraerle.

DOL. Ante todo lo que necesitas es no amilanarte. Es preciso dominar los nervios. A tu edad las enfermedades, por graves que sean, se curan fácilmente.

CAR. ¡Ay! (Quejándose de veras y llevándose las manos al estómago.) ¡Las truchas!

DOL. (¡Pobrecillo! Se le ve en la cara el sufrimiento. (A parte á Maruja.) Indudablemente don Saturio no sabe lo que tiene este muchacho.)

MAR. (No lo sabe, no señora.) (Vase doña Dolores por la primera derecha.)

ESCENA XII

DICHOS, menos DOÑA DOLORES

CAR. (Levantándose.) ¡Ay, qué malo me siento! ¡Ay!

MAR. Cállate, hombre, no te quejes; si ya se ha marchado la tía.

---

(1) Maruja, doña Dolores y Carlos.

CAR. No, si es que ahora me quejo de veras.

MAR. ¿Eh?

CAR. La leche y el vinagre; lo que me temía. ¡Tengo unos dolores horribles!

MAR. ¡Claro! Almorzaste con tal precipitación, que no podía sentarte bien.

CAR. No, si el almuerzo me ha sentado perfectamente; pero ese vasito de leche ha sido una puñalada. ¡Ay! ¡Ya vuelven!

MAR. Voy á hacerte una taza de té.

CAR. ¡Sí, por Dios, dame algo! (Vase Maruja á la cocina.)

ESCENA XIII

CARLOS y en seguida DON INDALECIO

CAR. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Hay providencia! Este es un castigo de Dios. (Sentándose al lado de la mesa.)

IND. ¡Hola! ¿Tú por aquí? ¿Cómo estamos de ánimos?

CAR. Muy mal, tío, muy mal. (1)

IND. Esas son aprensiones.

CAR. No, ahora es de veras.

IND. Pero, vamos á ver: ¿qué es lo que sientes?

CAR. Pues siento... unos dolores muy fuertes aquí.

IND. ¿En el estómago?

CAR. Sí, señor.

IND. Lo de siempre; debilidad y nada más que debilidad. (Reparando en la jarra.) ¡Ah! Ya han traído la leche.. Vas á tomar un vasito.

CAR. ¡No, por Dios! (Levantándose.) Ya me han dado uno. (2)

IND. Tomarás otro. Don Saturio dice que tomes toda la que quieras. (Persiguiéndole con la jarra.)

CAR. ¡Si es que yo no quiero!

IND. ¡Parece mentira! Una leche tan rica, tan mantecosa... ¡Qué nata tiene! Esto se bebe solo. (Bebe en la jarra.)

(1) Don Indalecio y Carlos.
(2) Carlos y don Indalecio.

ESCENA XVI

DICHOS y DOÑA DOLORES

DOL. Pero, hombre, ¿te estás bebiendo la leche? (1)

IND. Era para animarle, mujer.

DOL. (Quitándole la jarra que pone sobre la mesa.) A lo que debes animarle es á no estarse metido en casa. Le conviene andar, moverse...

IND. Tiene razón tu tía. ¿Por qué no vas á dar una vuelta por el pueblo?

CAR. No; me molesta andar hablando con la gente. (Sigue dando muestras de sentir un fuerte cólico.)

IND. Pues sal por ahí, por el corral (Primera izquierda.) á la orilla del río, y vete hasta el cerro del Orégano.

DOL. El día está muy hermoso. Toma la escopeta, y á ver si te entretienes matando unos pajarillos. (2) (Dándole la escopeta, el zurrón y la canana.)

IND. Sí, anda, anda. Los pondremos luego con arroz, que están muy ricos.

CAR. ¡Sí, señor, sí! Iré hasta el cerro del Orégano. (Vase corriendo por la primera izquierda.)

ESCENA XV

DOÑA DOLORES y DON INDALECIO. Luego MARUJA

DOL. ¿Por qué no vas á acompañarle?

IND. Porque ahora tengo que hacer. Voy á subir al palomar.

MAR. Aquí tienes el té. ¡Ah! ¿Y Carlos? ¿Está arriba?

DOL. No; ha ido á dar un paseo. ¿Qué es eso? (3)

---

(1) Doña Dolores, don Indalecio y Carlos.
(2) Don Indalecio, Carlos y doña Dolores.
(3) Doña Dolores, don Indalecio y Maruja.

MAR. Una taza de té; como se quejaba del estómago...

DOL. Pues se ha ido; ya no hace falta, llévatela.

IND. ¡No! ¡Trae acá! ¡Me la tomaré yo!

DOL. ¡Indalecio!

IND. Esto siempre prepara el estómago. (Se toma el té.)

DOL. ¡Jesús, qué hombre!—Maruja, vé á la habitación de Carlos y arregla aquello.

MAR. En seguida, sí, señora. (Vase por la escalera.)

IND. Vaya, voy á dar de comer á mis palomitas.

DOL. ¡Con qué mimo las tratas!

IND. Ya lo creo. ¡Ayer ví que tenían cuatro pichones preciosos! Con tomate estarán riquísimos. (Llega hasta la escalera.)

ESCENA XVI

DICHOS y DON HERMÓGENES

HERM. ¿Se puede?

IND. ¿Quién? (1)

DOL. Se me había olvidado decirte que antes había estado á buscarte este señor forastero.

IND. Adelante.

DOL. Háblale fuerte.

IND. ¿Pues qué ha hecho?

DOL. Nada; que es muy sordo.

IND. ¡Ah! ¡Adelante! (Fuerte.)

HERM. ¿Es usted don Indalecio Ruipérez? (2)

IND. Servidor de usted.

HERM. Celebro tanto tener el gusto de conocerle. ¿Cómo está usted? Me alegro mucho. La familia buena, ¿eh? Tengo una verdadera satisfacción...

IND. (Pues, señor, él se lo dice todo.) Tome usted asiento.

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS (Fuerte.) Que tome usted asiento. (Ofreciéndole una silla volante que habrá á la derecha del sillón.)

---

(1) Don Hermógenes, doña Dolores, don Indalecio.

(2) Don Hermógenes, don Indalecio, doña Dolores.

HERM. ¡Ah! Gracias! (Se sientan los tres. Don Indalecio en el sillón y á su izquierda doña Dolores.)

IND. (¿Quién será este buen señor?) (A doña Dolores.)

HERM. Ustedes extrañarán mi visita, y voy á explicarles el motivo. (1)

DOL. (Y ahora lo sabremos.) (A don Indalecio.)

HERM. Yo me he visto precisado á salir de Madrid para venir á Salamanca, á donde llegué esta madrugada, porque tengo allí un cuñado bastante enfermo. Por fortuna, se halla ya mejor.

DOL. Nos alegramos.

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS Que nos alegramos. (Fuerte.)

HERM. ¡Ah! Gracias. Supe allí que este pueblo estaba á muy corta distancia y me dije: aprovecho la oportunidad y me acerco á tener el gusto de saludar á los señores de Ruipérez.

IND. (¿Y para qué querrá saludarnos?) (A doña Dolores.)

DOL. (Ahora lo sabremos, hombre.)

HERM. ¿Eh?

DOL. No, nada.

IND. ¡Nada! (Fuerte.)

HERM. Ayer, antes de salir de Madrid, estuve en casa de su sobrino de ustedes...

DOL. ¡Ah! ¿Conoce usted á Carlitos?

HERM. ¿Eh?

IND. (Muy fuerte) ¡Carlitos!

HERM. Sí, Carlitos, Carlitos. Su patrona me dijo que se había ido en el expréss del Norte. Esto me sorprendió, porque, la verdad, no le creí capaz de marcharse así, sin decirme una palabra. Conmigo estaba obligado á obrar de otra manera.

IND. Con usted, ¿por qué?

HERM. (Sin oirle.) En esta ocasión, francamente, se ha portado muy mal, pero muy mal.

DOL. Muy mal, ¿por qué razón?

IND. ¿Quién es usted?

---

(2) Don Hermógenes, don Indalecio, doña Dolores.

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS ¿Que quién es usted? (Fuerte.)

HERM. Seguramente no conocerán ustedes mi nombre. Su sobrino no les habrá hablado de mí. Me llamo, para servir á Dios y á ustedes, Hermógenes Zaragüeta.

DOL. ¡Cómo! (Levantándose.)

IND. ¿Es usted? (Levantándose.)

DOL. ¡El médico de Carlos! (A don Indalecio.)

IND. ¡Señor de Zaragüeta! (Se levantan los tres. Don Indalecio y doña Dolores abrazan cariñosamente á don Hermógenes.)

DOL. ¡Cuánto nos alegramos de verle por aquí. (1)

HERM. ¿Cómo? (Sorprendido.)

LOS DOS ¡Que nos alegramos mucho de verle!

HERM. (¡Qué recibimiento tan cariñoso!) ¿Pero... ustedes saben... quién soy yo? (Con cierta escama.)

DOL. ¡Sí, señor!

IND. ¡Ya lo creo! (Haciéndole sentar en el sillón.)

DOL. Ya sabemos lo mucho que nuestro sobrino debe á usted.

HERM. ¿Eh?

IND. (Más fuerte.) Que sabemos lo mucho que debe á usted nuestro sobrino.

HERM. No, mucho no. (2) (Se sientan los tres.)

DOL. Sí, señor, sí. Es indisculpable que haya salido de Madrid sin despedirse de usted.

HERM. ¡A mí me sorprendió, porque como él es un muchacho tan delicado!...

DOL. ¡Muy delicado!

IND. Por eso ha sido una ligereza ponerse en camino sin decírselo á usted...

DOL. Luego le reñiremos los tres.

HERM. ¿Cómo luego? Pero, ¿está aquí?

IND. Sí, señor.

DOL. Llegó ayer tarde y ha salido á dar un paseo.

HERM. No lo sabía. Me alegro mucho de que se haya decidido, por fin, á acudir á ustedes. Yo se lo aconsejé varias veces; pero él se resistía temeroso de darles un disgusto.

---

(1) Don Indalecio, don Hermógenes, doña Dolores.

(2) Don Indalecio, don Hermógenes, doña Dolores.

DOL. ¡Pobrecillo!

IND. ¡Nos quiere mucho!

HERM. Pues, yo, como la patrona no me dijo á dónde se había ido, aproveché mi venida á Salamanca para ver á ustedes y enterarles de la verdadera situación del muchacho, creyendo que la ignoraban.

DOL. Ya lo sabemos. (Muy fuerte.)

IND. Y vamos á ver, con franqueza, ahora que él no nos oye, ¿qué opina usted de Carlos?

HERM. No se alarmen ustedes; en un joven, todo eso no tiene importancia. Yo creo que se corregirá.

DOL. ¡Dios lo quiera!

HERM. ¡Si conocieran ustedes otros casos que tengo yo en Madrid!... Lo de Carlitos no vale nada.

DOL. El médico de aquí dice que es nervioso.

HERM. ¿Eh?

IND. Que es nervioso. (Muy fuerte.)

HERM. Muy nervioso, mucho. Ya se lo conocí el primer día que fué á verme. Estaba el pobre chico angustiado, asustadísimo; pero yo le dije: «No hay que afligirse; tenga usted más ánimo, yo le salvaré á usted.» ¡He salvado á tantos!...

DOL. ¡Ya lo creo!

HERM. ¡Y si vieran ustedes qué poco me lo agradecen algunos!

DOL. Pues nosotros, muchísimo.

IND. ¡Y se lo pagaremos como usted se merece!

HERM. Gracias, gracias. (Ya sabía yo que éstos me lo pagarían.)

IND. ¿De manera que usted no cree que conviene enviar á Carlos á París?

HERM. ¿A París? No veo inconveniente; pero, en fin, eso, allá ustedes... (¡A mí qué me importa que le envíen á donde quieran!)

IND. (Distraído, hablando muy fuerte á Zaragüeta.) ¿Te parece que?...

HERM. ¿Cómo?

IND. Nada, nada. (En voz natural á doña Dolores.) ¿Te parece que le invitemos á comer?

DOL. (Sí, hombre; es natural.)

IND. ¿Usted no pensará regresar hoy mismo á Salamanca?

HERM. Sí, señor; quería, si fuera posible, marcharme esta misma tarde.

IND. Pero, ¿tanta prisa tiene usted?

HERM. Prisa, materialmente, no, pero...

DOL. Pues nada, se queda usted con nosotros hasta mañana. (Se levantan los tres.)

IND. ¡No faltaba más!

DOL. ¡Verá usted el pueblo y los alrededores que son preciosos!

IND. Y la iglesia, que es bizantina, según dicen.

HERM. ¿Eh?

LOS DOS Bizantina. (Levantando la voz cada vez más.)

DOL. ¡Y oirá usted el órgano!

IND. (¡Qué ha de oir éste!)

HERM. Bueno, bueno; ya que ustedes se empeñan, me quedaré hoy aquí; pero van á permitirme escribir cuatro letras á mi hermana, que me espera esta noche.

IND. Sí, señor; pase usted aquí á mi despacho.

DOL. (Que ha ido al foro y mira por la puerta.) ¡Ah! Allí va don Saturio.

IND. ¡Llámale, llámale!

HERM. ¿Eh?

IND. Vamos á presentar á usted al médico del pueblo.

HERM. Bueno. (Encogiéndose de hombros.)

DOL. ¡Don Saturio! ¡Don Saturio!

IND. ¡Vaya con el señor de Zaragüeta! (Dándole palmaditas cariñosas en la espalda.)

HERM. ¡Jé, jé! (Don Indalecio va al foro.) (¡Pero qué familia tan cariñosa! Si lo sé, pongo algo más crecidos los intereses.)

ESCENA XVII

DICHOS y DON SATURIO

SAT. ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto peor el enfermo?

IND. No, señor; le llamamos á usted para presentarle á un compañero.

DOL. El médico de Carlos.

IND. El doctor Zaragüeta, que ha venido á Salamanca á ver á un enfermo y nos ha honrado con su visita.

SAT. ¡Hombre, qué casualidad! (Acercándose.) Tengo tanto gusto.. (1)

HERM. Servidor de usted.

IND. (A doña Dolores.) (¿Está arreglado el despacho?)

DOL. No lo sé; voy á verlo.

IND. (Voy yo también á sacar el papel.) Ea, ahí se quedan ustedes. (Vanse los dos primera derecha.)

ESCENA XVIII

DON SATURIO y DON HERMÓGENES, después DON INDALECIO y DOÑA DOLORES

SAT. ¡Qué casualidad tan feliz, verle á usted por acá! (Le ofrece el sillón en que se sienta Zaragüeta; don Saturio, después de esa pausa característica de las visitas, da á Zaragüeta un cigarrillo.)

HERM. (Estas presentaciones me molestan mucho. ¿Qué me importará á mí el médico del pueblo?)

SAT. (Ahora verá el doctor de la corte si valemos ó no valemos los médicos rurales.) ¿Un cigarrillo?

HERM. Gracias.

SAT. Tengo una vivísima satisfacción en haber conocido á usted. Su nombre lo he visto siempre citado con elogio en los periódicos profesionales, y celebro tener ocasión de hablar con usted, para decirle mi opinión respecto de la enfermedad de su cliente, y saber si he tenido la honra de coincidir con el diagnóstico que usted haya formado, y que yo ignoro completamente.

HERM. (¿De qué me estará hablando este caballero?) (Echando bocanadas de humo y completamente distraído.)

(1) Doña Dolores, don Indalecio, don Hermógenes y don Saturio.)

SAT. Después de sometido el paciente á un reconocimiento de auscultación y percusión, todo lo minucioso posible, me he convencido de que las vísceras importantes están en completo estado fisiológico; que en ninguna hay lesión apreciable, y que, en mi concepto, la afección radica única y exclusivamente en los centros nerviosos, tanto en el de la vida de relación, cuanto en el de la vida vegetativa. Se trata, pues, en mi humilde concepto, de una verdadera adinamia nerviosa; una neurastenia, y por consiguiente, todo el plan terapéutico debe encaminarse á establecer el equilibrio entre los dos sistemas. ¿Está usted conforme conmigo?

HERM. ¿Eh?

SAT. ¿Que si hemos coincidido en el diagnóstico?

HERM. (Con naturalidad.) No he entendido una palabra de lo que usted me ha dicho.

SAT. (Picado.) Pues creo que me he explicado con claridad He dicho que se trata de una neurastenia. Ya se sabe lo que es una neurastetenia (Levantando la voz.)

HERM. ¡Ah! Sí, la tenia. ¿Tiene usted la solitaria? (Salen doña Dolores y don Indalecio.)

SAT. ¿Qué dice este hombre? (Levantándose.)

DOL. ¿Ha visto usted qué sordo es?

SAT. ¿Pero es sordo?

IND. Completamente.

SAT. Podían ustedes habérmelo advertido. ¿Conque usted?... (1) (Indicando el oído.)

HERM. Sí, señor, sí; de éste, poco, y de éste, nada.

SAT. ¡Caramba, hombre, caramba!

HERM. ¿Eh?

SAT. (A gritos y al oído.) ¡Caramba!

IND. (Fuerte á don Saturio, creyendo que habla con Zaragüeta.) Hoy vendrá usted... ¡Ah! Me había equivocado de médico. (Riéndose.) Hoy vendrá usted á comer con nosotros. El señor Zaragüeta no se irá del pueblo hasta mañana...

(1) Doña Dolores, don Hermógenes, don Saturio y don Indalecio.

SAT. ¡Ah! Entonces ya hablaremos despacio. (A Zaragüeta.)

HERM. ¿Eh?

SAT. Que ya hablaremos luego. (Fuerte.)

HERM. Bueno. (¡Qué charlatán es este médico!) ¿Puedo pasar á escribir esa cartita? (A doña Dolores.)

DOL. Cuando usted quiera.

HERM. Con su permiso. (A don Saturio.)

SAT. y HERM. He tenido tanto gusto... (A un tiempo los dos.)

HERM. Servidor de usted. (Vase primera derecha.)

SAT. Pues yo me marcho. ¿A las doce se come, eh?

IND. Sí; á las doce en punto.

SAT No faltaré. Verán ustedes como el doctor Zaragüeta está conforme conmigo respecto á la enfermedad de Carlitos: nervioso. y nada más que nervioso; duchas, y nada más que duchas. (Vase por el foro.)

ESCENA XIX

DOÑA DOLORES, DON INDALECIO y luego MARUJA

IND. Vaya, vaya, Dolores, á preparar al momento la comida. Es necesario que sea un verdadero banquete. Se trata de un hombre que estará acostumbrado á comer muy bien en Madrid.

DOL. Y se trata de tí, que siempre estás dispuesto para ello.

IND. No te digo que no. (Maruja baja la escalera.)

DOL. ¡Ah! Maruja, dí á Gregoria que vaya á escape á la carnicería por una pierna de carnero y que descuelgue uno de los jamones que hay en la despensa. (1)

MAR. ¿Pues?...

IND. Tenemos un huésped de importancia.

MAR. ¿Un huésped? ¿Quién?

DOL. El que menos puedes figurarte. El médico de Carlos.

(1) Don Indalecio, doña Dolores y Maruja.

MAR. ¿Don Saturio?

DOL. No; el de Madrid.

IND. Con el que soñaba anoche.

DOL. El doctor Zaragüeta.

MAR. ¡No es posible!

DOL. Sí, ha llegado hace un momento. Ahí está en el despacho, escribiendo una carta.

MAR. (¡Ay, Dios mío!) (Asustadísima.)

IND. Un señor muy simpático. (Abre la trampa de la bodega.)

DOL. Lástima que sea tan sordo.

MAR. (¡Es él!) ¿Pero, á qué ha venido?

DOL. Tranquilízate; sólo viene á tener el gusto de conocernos.

MAR. (¡No saben nada!) ¿Y Carlos? ¿Le ha visto ya?

DOL. No; todavía no ha vuelto de paseo.

IND. Dolores, vamos á la bodega.

DOL. ¿Para qué?

IND. Para abrir el barril del vino de la Nava.

DOL. Que baje Perico.

IND. Es muy torpe. Acuérdate de lo que pasó con aquel vino del priorato. Dejó abierta la espita y se perdió casi la mitad. Lo embotellaremos sosotros, anda, anda.

DOL. Bueno.—Tú, saca los cubiertos de plata y que limpien la vajilla buena. (A Maruja.)

MAR. Sí, señora.

IND. (Que ha bajado ya dos escalones.) Los vinos buenos son para las ocasiones, y este de la Nava debe ser riquísimo. Tiene cincuenta y cuatro años, tu edad. ¡Figúrate si estará añejo!

DOL. Anda, hombre, anda.

IND. Haz el favor de no caerte. (Bajan á la bodega.)

ESCENA XX

MARUJA y luego CARLOS

MAR. ¡Pobre Carlos! ¡Qué conflicto cuando los tíos lleguen á enterarse! Yo no sé qué hacer.

IND. (Desde abajo.) ¡Maruja!

MAR. (Asomándose á la trampa en cuclillas.) Mande usted.

IND. Haz un plato de dulce; natillas, huevos moles, un flan, lo que tú quieras.

MAR. Está bien, tío.—¡Para platitos de dulce estoy yo ahora! Y dicen que ese señor está aquí. (Mirando por la cerradura de la primera derecha.) Sí, allí está escribiendo. ¡Qué escribirá, Dios mío!

CAR. (Por la primera izquierda.) ¿Qué es eso, qué miras?

MAR. ¡Ay, Carlos! Ven acá, por Dios.

CAR. ¿Qué pasa?

MAR. Mira quien está ahí dentro.

CAR. ¿Quién? (Dejando la escopeta, el zurrón y la canana sobre el arcón.)

MAR. Mira y lo verás.

CAR. (Después de mirar.) ¡Za... Za... Zaragüeta! (Separandose de la puerta aterrado.)

MAR. ¡El mismo!

CAR. ¡Ese hombre aquí! ¿Pero cuándo ha venido? (1)

MAR. Hace un momento.

CAR. ¿Le han visto los tíos?

MAR. Sí.

CAR. ¡Se ha descubierto todo!

MAR. ¡Por fortuna, todavía no! Como yo les había dicho que ese señor era tu médico, por médico le han tomado, y sin duda para el error nos ha servido su sordera.

CAR. ¿Pero estás bien segura de que los tíos no sospechan nada?

MAR. Nada. Si hasta le han convidado á comer. Abajo están en la bodega, embotellando vino para obsequiarle. (Toda esta escena debe hacerse rapidísima.)

CAR. ¡Ay, Maruja de mi alma! ¡Estoy perdido! ¿Qué hago?

MAR. No sé qué aconsejarte.

CAR. Mi único recurso es la fuga. Me marcho, me marcho ahora mismo.

MAR. Pero, ¿á dónde?

---

(1) Carlos y Maruja.

CAR. No lo sé. A Madrid, á cualquier parte. Desde allí escribiré á los tíos diciéndoles toda la verdad; pidiéndoles perdón, y si me lo conceden, volveré... y si no, adiós para siempre, prima de mi alma. (Con cariño.)

MAR. ¡Carlos!

CAR. No hay otro remedio, adiós, adiós. (Desde el foro.) Pero, ¿á dónde voy yo si no tengo un céntimo? (Deteniéndose.)

MAR. Por eso no lo dejes. Te daré lo que guardo en la hucha.

CAR. Yo no sé si debo... pero sí debo. Dame lo que tú quieras.

MAR. Todo.

CAR. No; todo, no. Con veinte duros tengo bastante.

MAR. Voy á escape arriba. (Vase corriendo por la escalera.)

ESCENA XXI

CARLOS, luego DON HERMÓGENES, después PERICO, GREGORIA y PÍO

CAR. ¡Y que haya venido ese hombre á destruir todos mis proyectos! ¡Verme obligado á marchar así!... ¿Y por qué he de marcharme? El es quien debe irse. Yo haré que salga del pueblo inmediatamente. Los tíos están abajo; esta es la ocasión. (Cierra la trampa de la bodega.) Aquí te quiero escopeta. (Coge la escopeta.) Está descargada; pero el susto, se lo doy. No hay tiempo que perder. (Acercándose á la puerta primera derecha.) ¡Ah! Ya sale. (Prepara la escopeta.)

HERM. (Por la primera derecha pegando el sello en el sobre de la carta.) ¡Qué señores tan apreciables! ¡Hasta me tenían preparado el sello! (1)

CAR. ¡Lárguese usted inmediatamente! (Apuntándole con la escopeta.)

HERM. (Asustado.) ¡Carlos! ¡Carlitos!

(1) Don Hermógenes y Carlos.

CAR. (Apuntándole.) ¡O se va usted ó le mato!

HERM. ¡Favor! ¡Socorro! (Retrocediendo de espaldas hasta quedar como pegado á la pared entre la puerta del despacho y la de la leñera.)

CAR. ¡Márchese usted!

HERM. ¡Que me matan! (Aparece Pío en el foro y Perico y Gregoria, por la puerta de la cocina. Don Hermógenes entra rápidamente por la primera derecha, cerrándola luego.)

GREG. ¡María Santísima!

PER. Señorito, ¿qué hace usted?

PÍO ¡Sujetadle, sujetadle! ¡Se ha vuelto loco! Ya lo temía don Saturio. (Perico y Pío sujetan por los brazos á Carlos, que se resiste.)

CAR. ¡Dejadme, dejadme! ¡Ese hombre es un bribón!

PÍO ¡Loco rematado!

PER. ¡Señorito, por Dios!

CAR. ¡Dejadme, dejadme!

PÍO ¡Encerradle, encerradle! (Todo esto casi á un tiempo y rapidísimo.)

PER. ¿Dónde?

GREG. Aquí, en la leñera. (Abriendo la puerta de la leñera. Ayuda á Perico y Pío, y entre todos le obligan á entrar en la leñera y cierran la puerta.)

PÍO Y GREG. ¡Adentro!

PÍO ¡Loco! ¡Loco rematado!

ESCENA XXII

DICHOS, menos CARLOS y DON HERMÓGENES, después DOÑA DOLORES y DON INDALECIO por la cueva; luego MARUJA

PER. Ya está bien seguro. (Echando la llave de la puerta.)

PÍO ¡Qué desgracia, Dios mío!

GREG. ¡Qué susto me ha dado!

CAR. (Dentro.) ¡Abrid! ¡Abrid! (Golpes en la trampa Los tres que están sobre ella se asustan y dan un salto.)

LOS TRES ¡Ay!

IND. (Abajo.) ¡Gregoria!

DOL. (Idem.) ¡Perico!

GREG. ¡Los señores!

LOS DOS ¡Abrid, abrid! (Perico alza la trampa y suben los dos precipitadamente.)

DOL. ¿Quién ha cerrado aquí?

IND. ¿Qué sucede?

DOL. ¿Qué voces son esas?

MAR. (Que baja por la escalera.) (¡Qué habrá pasado, Dios mío!)

PER. ¡Ay, señor!

GREG. ¡Ay, señora!

PÍO ¡Ay, don Indalecio! ¡Ay, doña Dolores! (1)

IND. Pero, ¿qué ocurre?

CAR. (Dentro.) ¡Abrid esta puerta!

DOL. ¿Carlos ahí?

PÍO ¡Le hemos encerrado!

IND. ¿Por qué?

PÍO ¡Se ha vuelto loco!

MAR.
DOL. } ¡Eh!
IND.

PÍO Ha querido pegar un tiro á ese señor forastero.

IND.
DOL. } ¡Jesús!

MAR. (¡Qué atrocidad!)

PÍO Le dió el acceso; lo que anunciaba don Saturio.

CAR. (Dentro.) ¡Mentira! ¡No estoy loco! ¡El señor de Zaragüeta es un pillo!

DOL. ¡Dios mío! Decir que es un pillo ese señor tan bueno!

IND. No hay duda; ¡se ha vuelto loco!

DOL. ¿Dónde está ese caballero?

PÍO Ahí se entró en el despacho.

IND. Señor de Zaragüeta... (Llamando.)

DOL. Salga usted; ya no hay miedo.

IND. Se ha encerrado por dentro.

PÍO Si estaba asustadísimo.

DOL. ¡Y no contesta!

IND. ¡Claro! ¡Qué nos ha de oir! Déjale, ya saldrá.

DOL. ¡Es que hace falta un médico!

PÍO Llamar á don Saturio.

---

(1) Perico, doña Dolores, Gregoria, don Indalecio, Pío y Maruja.

IND. Voy á escape á su casa. (Vase corriendo por el foro.)

PÍO Yo voy á la botica por si está allí. (Idem.)

CAR. (Dentro.) ¡Abrid, ó hecho la puerta abajo!

DOL. (Asustada.) ¡Ay, Dios mío! (Separándose de la puerta.)

PER. No tenga usted cuidado, que la puerta es muy fuerte. (Vase foro derecha.)

DOL. ¡Virgen Santísima! ¡qué desgracia tan grande! ¡Pobre sobrino mío!

MAR. Está usted muy impresionada, tía. Gregoria, hazle un poco de tila. Ande usted á tomarla. (Empujándola suavemente hacia la cocina.) Yo me quedo aquí. (En voz muy fuerte para que lo oiga Carlos.)

GREG. Vamos, señora, no se aflija usted tanto.

DOL. ¡Pobre Carlitos! (Vase con Gregoria á la cocina.) ¡Pobre sobrino mío!

MAR. ¡Tila! ¡Tila! (Cierra la puerta de la cocina.)

ESCENA XXIII

MARUJA, luego CARLOS

MAR. Tiene que marcharse, no hay más remedio. (Abre la puerta, que dejará completamente abierta.)

CAR. ¡Ay, Maruja de mi alma!

MAR. ¿Pero qué has hecho?

CAR. ¡Una atrocidad! Quise asustarle... Me voy, me voy ahora mismo.

MAR. Toma el dinero. Tres mil doscientos reales.

CAR. ¿Todo? ¡Qué buena eres! Gracias, muchas gracias. (Besándole la mano.) Adiós, adiós, Maruja. Voy á ver si alcanzo el primer tren.

MAR. ¿Pero te dejas arriba la maleta?

CAR. Déjame de maletas. Tírame el gabán... y un beso siquiera desde la ventana. (Vase Maruja corriendo por la escalera y Carlos por el foro derecha.)

ESCENA XXIV

DON HERMÓGENES, luego CARLOS

HERM. (Abriendo sigilosamente la puerta.) Creo que no hay nadie; al menos yo no oigo nada. La sordera tiene á veces sus inconvenientes. No, no hay nadie. Me largo. Esto ha sido una encerrona. (Vase por el foro y vuelve inmediatamente.) ¡Huy! ¡Carlos otra vez! ¡Me ha visto! ¡Me va á matar! ¡Dios me valga! (Se mete en la leñera y cierra.)

CAR. ¡Oiga usted ¡Oiga usted! ¡Ah! ¿Te has metido ahí? Pues ahí te quedas. (Echando la llave y guardándosela.) Ya me voy más tranquilo (Llega al foro. Oyese hablar á don Indalecio y don Saturio. Volviendo á entrar.) ¡Dios mío, mí tío y don Saturio! ¿Qué hago yo? Saldré por el corralillo. (Dirigiéndose á la primera puerta izquierda.)

DOL. Déjame en paz; no quiero nada. (Dentro de la cocina.)

CAR. ¡Mi tía! Que no me vea. (Retrocede y entra por la primera derecha que cierra.)

ESCENA XXV

GREGORIA y DOÑA DOLORES por la cocina, DON INDALECIO, DON SATURIO y PÍO por el foro derecha.

GREG. Pero señora...

DOL. No tengo más que ganas de llorar.

SAT. (Presentándose, seguido de don Indalecio y de Pío.) Calma, mucha calma.

DOL. ¡Ay, don Saturio!...

SAT. Tranquilícense ustedes; esto ya me lo temía yo; pero para todo hay remedio. ¿Carlos está en la leñera, eh?

DOL. Sí, señor. (1)

SAT. Pues abriremos... (Aercándose.)

PÍO Tenga usted cuidado que estaba furioso. (2)

---

(1) Pío, don Saturio, doña Dolores, don Indalecio y Gregoria.

(2) Don Saturio, Pío, doña Dolores, don Indalecio y Gregoria.

SAT. A mi me respetará.
PIO Pero es que tiene la escopeta...
SAT. ¡Ah! Eso ya varía. (Deteniéndose.)
DOL. ¡Si ha querido pegar un tiro á su médico! (Don Saturio retrocede.)
SAT. ¿Y le da por los médicos? (1). Entonces tengamos precaución, yo no me fío de los locos, sobre todo cuando tienen escopeta. ¿Dónde está el doctor?
DOL. Ahí se metió, en el despacho. (Después de querer abrir.) Sigue encerrado.
SAT. Llámele usted. Necesito consultarle... (2)
DOL. (Muy fuerte.) ¡Señor de Zaragüeta! ¡Señor de Zaragüeta!
IND. ¡Sí, sí, á la otra puerta!
SAT. ¿A cuál?
IND. Digo, que no oirá; como es tan sordo...
SAT. Cierto. Pues nada; yo creo que aprobará mi plan. ¿Qué hace Perico? Dile que traiga pronto lo que le he dicho. (A Gregoria que se va por el foro derecha.)
PÍO Ahora me parece que está tranquilo; no se le oye. ¡Carlos!
DOL. ¡Carlitos! (Junto á la leñera.)
IND. ¿Si se habrá muerto?
SAT. No. Un síncope sin duda. No hay tiempo que perder. ¡Ah! Ya están aquí!

ESCENA XXVI

DICHOS, GREGORIA con un gran balde lleno de agua y PERICO con la bomba y manga de riego y la escalera de mano.

DOL. Pero, ¿qué va usted á hacer? (Asustada.)
SAT. La hidroterapia, señora; aplicarle una ducha. Eso le calmará.
DOL. ¿Y si se ha desmayado?
SAT. Le hará volver en sí. (Han colocado el balde cerca de la puerta.) A ver; aquí esa escalera. (La apoya sobre el montante de la leñera.) ¿El agua está bastante fría? (Mete las manos.) Sí.

---

(1) Pío, don Saturio, doña Dolores, don Indalecio y Gregoria.
(2) Doña Dolores, Pío, don Saturio, don Indalecio y Gregoria.

DOL. Pero, don Saturio...

IND. Déjale, que él sabe lo que se hace. (Bebe de la jarra de la leche cuando no le miran.)

SAT. El aparato no es muy apropósito; pero, en fin, como no hay otro... Dame la manga. (Empezando á subir por la escalera. Deteniéndose y bajando.) (No, que tiene la escopeta.) Perico; toma esto; sube tú. Pío, dale á la bomba. (A Perico.) Anda, asómate con cuidado por el montante. ¿Le ves?

PER. (Que ha subido.) Allí, entre la leña, se ve un bulto. (1)

SAT. Pues, apúntale bien. (A Pío.) Y tú, fuerte. (A Perico.) Y tú, duro y á la cabeza. (Ruido de agua. Véase la nota correspondiente.)

HERM. (Gritando dentro muy fuerte.) ¡Ay! ¡Ay!

SAT. Ya ha vuelto en sí. ¡Firme, firme!

HERM. (Dentro.) ¡Ay! ¡Ay!

ESCENA XXVII

DICHOS, MARUJA. Luego CARLOS

MAR. ¿Pero qué es esto?

CAR. (Saliendo.) ¡Ea, basta ya! (Sorpresa de todos. Cuadro plástico.) (2)

SAT. ¡Carlos!

DOL. / IND. ¡Tú!

PÍO ¡Él!

SAT. Pero ¿quién está aquí?

CAR. ¡El pillo del señor de Zaragüeta! ¡Le he encerrado yo! Ahí va la llave. (Don Saturio la coge y abre.)

DOL. ¡Pero Carlos!...

IND. ¡Pero, Carlitos!... (3)

---

(1) Perico, don Saturio, Pío, Gregoria, doña Dolores y don Indalecio.

(2) Carlos; Perico, don Saturio, Pío, Gregoria, doña Dolores, don Indalecio y Maruja.

(3) Don Saturio, Perico, Pío, Gregoria, doña Dolores, Carlos, don Indalecio y Maruja.

ESCENA XXVIII

DICHOS y DON HERMÓGENES por la leñera

SAT. (A don Hermógenes que sale.) Perdone usted la equivocación.

HERM. (Saliendo completamente empapado y vertiendo en la escena toda el agua que haya podido recoger en el sombrero) ¡Esto es una burla indigna! (1) ¡Vengan al momento mis tres mil pesetas! (Tiritando de frio.)

IND. ¡Cómo!

DOL. ¿Eh?

CAR. ¡Sí, tío, sí! ¡Este señor no es lo que ustedes creen; ha venido aquí solamente porque yo le debo esa cantidad!

IND. (A Carlos.) ¡Tres mil pesetas de asistencia facultativa! (En voz muy alta á Zaragüeta.) ¿Tres mil pesetas?

HERM. Sí, señor; tres mil, tres mil.

SAT. ¡Bonita cuenta! (A don Indalecio.)

IND. ¡Que escándalo!

HERM. Ea, venga enseguida ese dinero, ó le llevo á los tribunales.

IND. ¿A los tribunales este pobre muchacho? Tome usted, tome usted su dinero... y vaya mucho con Dios. (Se lo entrega en billetes.)

HERM. (Sacando los pagarés.) Aquí están los justificantes... (2)

CAR. (Arrebatándoselos.) Traiga usted acá. Estos son papeles mojados. (Los rompe y los tira al balde.)

HERM. Está perfectamente. Queden ustedes con Dios. (Vase corriendo por el foro derecha).

IND. ¡Vaya usted enhoramala!... No lo ha oído. (Corriendo al foro, y muy fuerte.) ¡Vaya usted enhoramala!

---

(1) Don Hermógenes, don Saturio, don Indalecio, Carlos, doña Dolores, Maruja. (Perico, Pío y Gregoria, segundo término.)

(2) Don Saturio, don Hermógenes, Carlos, don Indalecio, doña Dolores, Maruja. (Perico, Pío y Gregoria, segundo término.)

SAT. ¡Tres mil pesetas de honorarios! ¡Así se enriquecen algunos médicos de Madrid! (1)

CAR. ¡Ay, tío; ay, tía! Ya me encuentro bien. ¡Mi enfermedad era... ese médico! (Abrazándoles.)

DOL. Sin embargo, te mandaremos á París.

CAR. No; ahora me quedo con ustedes. Ya iré allá cuando me manden á pasar la luna de miel con Maruja.

IND.
DOL. } ¿Qué dices? (Con alegría.)

CAR. Si ella quiere...

MAR. Yo contestaré cuando me convenza de que estás completamente bueno. (Con intención.)

IND. ¡Anda con ella! (A Carlos) (2)

PÍO ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! Le diré á mi madre que os casais, y ya estoy libre.

CAR. Tú nos echarás las bendiciones.

PÍO Con mucho gusto.

DOL. No salgo de mi asombro. ¡Vaya un chasco que nos ha dado el doctor Zaragüeta!...

IND. ¡Y le convidábamos á comer!... En castigo, yo me comeré su ración. ¡Que pongan la mesa! (Al público.)

Pero, antes, justo es que arrostre
el riesgo siempre temido.
Público, sólo te pido
que no me des un mal postre. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

---

(1) Don Saturio, don Indalecio, Carlos, doña Dolores, Maruja y Pío. (Perico y Gregoria en segundo término.)

(2) Don Saturio, don Indalecio, doña Dolores, Carlos, Maruja y Pío. (Perico y Gregoria en segundo término.)

NOTAS IMPORTANTÍSIMAS

PARA LA DIRECCIÓN DE ESCENA

Los muebles de la sala son: una mesa de roble colocada á la izquierda, delante de la alacena; un arcón debajo de la ventana del corral; un sillón de cuero antiguo en el centro de la escena y seis sillas de lo mismo repartidas convenientemente.

La entrada de la huerta debe ser todo lo ancha posible. Forillo de paisaje muy alegre.

La puerta de la leñera muy sólida, de una hoja y con cerradura y llave *de verdad*. Abre hacia el foro sobre la escena.

La bomba de riego de jardín que se utilice para la ducha no necesita funcionar sino en la apariencia y ha de tener bastante grueso el tubo para que se suponga que arroja de una vez gran cantidad de agua. La manga de goma debe tener bastante longitud, para que al aplicar la bomba por el montante no resulte con demasiada tirantez.

La leche que bebe Carlos en las escenas XI y XIII del acto 2.º debe ser verdadera; pero si el actor encargado del papel es bilioso y teme que le haga daño, los autores, que no son crueles, consentirán que apure cualquier otro líquido blanco, por ejemplo, horchata ó lo que sea más de su gusto.

Todas las actrices vestirán traje de charra, acomodado á sus condiciones, y de charros vestirán también don Indalecio, Perico y Ambrosio.

Para que se oiga el cacareo y revuelos de las gallinas,

bastará tener algunas en una cesta entre bastidores y moverlas bruscamente cuando llegue el momento.

El ruido del agua al salir de la manga debe imitarse colocando tres ó cuatro personas dentro de la leñera y haciendo junto á la puerta el ruido que se produce soplando con toda fuerza después de apoyar los dientes sobre el labio inferior.

Para la disposición de los grupos en las escenas principales de la obra, pueden verse las reproducciones publicadas en *Madrid Cómico* y *Blanco Negro* y la notable colección de fotografías hechas por el Sr. Napoleón.

OBRAS EN COLABORACIÓN DE LOS MISMOS AUTORES

LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso.

PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música del maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID!, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA, comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA, refundida en dos actos.

LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.°, comedia en dos actos, original y en prosa

CORO DE SEÑORAS, pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LOS LOBOS MARINOS, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR, comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL REY QUE RABIÓ, zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

EL OSO MUERTO, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

ZARAGUETA, comedia en dos actos y en prosa, original (Quinta edición.)

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.